

LA ALTERNATIVA

ECOLÓGICA

BIBLIA, ESPIRITUALIDAD Y COMPROMISO SOCIAL

XABIER PIKAZA

 Editorial **CLIE**

EDITORIAL CLIE
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: clie@clie.es
<http://www.clie.es>



© 2024 por A. Xabier Pikaza Ibarrondo

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447)».

© 2024 por Editorial CLIE. Todos los derechos reservados.

La alternativa ecológica. Biblia, espiritualidad y compromiso social.

ISBN: 978-84-19779-26-7

Depósito legal: B 14424-2024

Vida cristiana
Asuntos sociales
REL012110

Impreso en los Estados Unidos de América / Printed in the United States of America

Acerca del autor

XABIER PIKAZA IBARRONDO de origen vasco y tradición católica, en comunión con las demás iglesias. Es Doctor en Teología por la Universidad Pontificia de Salamanca y en Filosofía por la de Santo Tomás de Roma; licenciado en Sagrada Escritura por el Instituto Bíblico de Roma. Del 1973 al 2003 ha sido profesor de Teología Dogmática de la Universidad Pontificia de Salamanca. Casado con M. Isabel Pérez Chaves.

Se ha especializado en el estudio comparativo entre las religiones, recibiendo el Premio J. Andrés de la Universidad de Alicante por su obra *Religión y Globalización*. Viene colaborando desde hace tiempo con la editorial Clie, en la que ha publicado un *Comentario de Marcos*, dos monografías sobre la *Teología de R. Bultmann* y *O. Cullmann* y un trabajo monográfico sobre *Las mujeres en la Biblia judía*.

Ha traducido y preparado la edición castellana de la obra programática de Keil y Delitzsch, *Comentario al Texto Hebreo del A.T.*, para la editorial Clie. Se han publicado ya las obras de *Isaías*, *Jeremías*, *Ezequiel*, *Daniel*, *Profetas Menores*, *Job*, *Salmos*, *Proverbios* y *Eclesiastés* y se está ultimando la publicación del *Cantar de los Cantares*.

En 2024 recibió el premio a la mejor obra original en español con su obra *Curso de Teología Patristica* (CLIE, 2023) otorgado por SEPA,

la **Asociación de Editoriales Evangélicas** (Spanish Evangelical Publishers Association).

Entre sus obras más recientes podemos contar con *Diccionario de las tres religiones*; *La historia de Jesús*; *Gran diccionario de la Biblia*; *El Evangelio de Mateo*; *Dios o el dinero*; *Ciudad–Biblia*.

Índice

Presentación.....	11
Prólogo por Eduardo Agosta.....	13
INTRODUCCIÓN. ENCRUCIJADA ECOLÓGICA,	
UN DESAFÍO	25
<i>Alternativa, cambio de paradigma</i>	<i>27</i>
<i>Pausa reflexiva, con Teilhard de Chardin y G. Theissen</i>	<i>33</i>
<i>Proceso cósmico, vida en el mundo.....</i>	<i>44</i>
<i>Una especie peculiar. Genoma vital, cultura espiritual</i>	<i>48</i>
<i>Paradigma tecnocrático y crisis ecológica</i>	<i>56</i>
1. PACHA MAMA. RELIGIONES AMERINDIAS.....	67
RELIGIÓN INCAICA, MACIZO ANDINO.....	67
<i>Religión andina. Etapa preincaica</i>	<i>67</i>
<i>Religión de los incas.....</i>	<i>80</i>
COSMOLOGÍA Y ECOLOGÍA MAYA. HOMBRES DE MAÍZ.....	86
<i>En el principio era el mundo. Creación frustrada de los hombres.....</i>	<i>87</i>
<i>El surgimiento de la humanidad</i>	<i>93</i>
SEÑOR Y SEÑORA DE LA DUALIDAD. RELIGIÓN NÁHUATL	
(MEXICAS).....	105
<i>Equilibrio de fondo, una realidad dual</i>	<i>105</i>
<i>Mundo cerrado, sistema sacrificial azteca.....</i>	<i>110</i>
2. CHIVO EXPIATORIO, BIBLIA Y ECOLOGÍA (GÉNESIS)	119
INTRODUCCIÓN, LOS GRANDES SACRIFICIOS	
(YOM KIPPUR).....	119
<i>La Biblia “empezó” en Babel. Marduk, Dios de la guerra,</i>	
<i>Dios matricida</i>	<i>121</i>
<i>Israel 1. En el comienzo, el Sacrificio de la hija: Jefté.....</i>	<i>123</i>
<i>Israel 2. Abraham: Sacrificio sustitutorio. La Akedah de</i>	
<i>Isaac (Gn 22).....</i>	<i>126</i>

<i>Yom Kippur: Chivo expiatorio de Yahvé; chivo emisario de Azazel (Lv 16).....</i>	129
GÉNESIS 1-11. PRINCIPIO ECOLÓGICO DE LA BIBLIA	138
<i>Gn 1:1-2, 4a. Siete días (seis de creación, uno de “descanso”), ocho obras de Dios.....</i>	138
<i>Gn 1:26- 2, 4a. “Hagamos”. Novedad del hombre, imagen de Dios.....</i>	144
<i>Gn 2:4b-25. Un mundo para el ser humano: un paraíso ecológico</i>	149
<i>Gn 3. Árbol del bien y del mal, árbol del deseo. La mujer y la serpiente.....</i>	158
<i>Gn 4-5. Despliegue de violencia.....</i>	166
<i>Gn 6:1-12. Inundación de mal: violación de las mujeres</i>	169
<i>Gn 6:13-11:32. Noé, diluvio universal. La humanidad violenta.....</i>	174
3. HIJO DE HOMBRE, FIN DE ESTE MUNDO. ECOLOGÍA DE JESÚS.....	187
<i>Cuervos y lirios (Lc 12:22-32 par.)</i>	188
<i>Inciso. Una forma de ser y vivir, en contra de M. Heidegger</i>	195
<i>Llueve para todos. Amor universal (Mt 5:45 par).....</i>	201
<i>En un mundo frágil. Torres que caen, soldados que matan (Lc 13:1-5).....</i>	206
<i>Se ha cumplido el tiempo, anuncio y camino de Reino</i>	209
<i>Misión de Jesús. Visión de conjunto</i>	216
<i>Mensaje apocalíptico (Mc 13).....</i>	210
4. MI AMADO, LAS MONTAÑAS. ESPIRITUALIDAD ECOLÓGICA.....	233
INTRODUCCIÓN. PAPA FRANCISCO, LAUDATO SI’	233
FRANCISCO DE ASÍS (1181-2016), ECOLOGÍA FRATERNA.....	239
<i>Loado seas, mi Señor</i>	239
<i>Creaturas celestes: sol, luna y estrellas</i>	240
<i>Cuatro elementos: viento y agua, fuego y tierra</i>	242
<i>Canto a la vida y a la muerte salvadora</i>	247
JUAN DE LA CRUZ, ECOLOGÍA ENAMORADA.....	248
<i>CE 1. Como ciervo huiste, habiéndome herido.....</i>	253
<i>CE 2. Allá por las majadas al otero</i>	254

CE 3-4. <i>Buscando mis amores... Bosques y espesuras</i>	256
CE 5. <i>Mil gracias derramando pasó por estos sotos</i>	261
CE 12-13. <i>Oh cristalina fuente... Apártalos amado</i>	264
CE 14-15. <i>Mi amado las montañas</i>	267
CE 26. <i>En la interior bodega</i>	276
CE 28. <i>Ya solo en amor es mi ejercicio</i>	282
CE 29. <i>Pues ya si en el ejido no fuere más vista ni hallada</i>	289
CE 34 y 36. <i>Blanca palomica, gocémonos amado</i>	294
CE 37 y 39. <i>Cavernas de la piedra, aspirar del aire, canto de la dulce filomena</i>	298
5. MODERNIDAD Y POSTMODERNIDAD.	
DISYUNTIVA ECOLÓGICA	307
MODERNIDAD (SIGLOS XVIII-XX), UN RIESGO ECOLÓGICO.....	309
<i>Kant: un quiliasmo racional de mercado</i>	311
<i>Hegel y hegelianos, enfrentamiento, no comunión de conciencias</i>	318
<i>En la línea de Comte. Divinización del progreso, el fin de la historia</i>	324
<i>No hay eterno retorno de la vida en la tierra</i>	327
<i>Tema pendiente, superar la violencia</i>	331
<i>Falsa "trinidad", tres riesgos de muerte</i>	333
POSTMODERNIDAD. FALTA UNA ALTERNATIVA ECOLÓGICA.....	337
<i>Principio. Madre tierra, casa de la vida</i>	337
<i>Un compromiso global</i>	342
<i>Claves de la alternativa: gracia, pobreza y universalidad</i>	346
<i>Tres propuestas partiendo de las víctimas: comunión universal</i>	353
6. APOCALIPSIS. CIELO NUEVO Y NUEVA TIERRA	363
<i>Vida y muerte, mujer y dragón (Ap 12:1-6)</i>	363
<i>Madre cósmica, Dragón en el cielo, un Hijo varón (Ap 12:1-5)</i>	371
<i>Mujer expulsada, perseguida por el Dragón en la tierra (Ap 12:6-13, 18)</i>	374
<i>Tercera mujer, la ciudad prostituta (Ap 17-20)</i>	390
<i>Cuarta mujer. Ciudad-Novia, bodas del Cordero (Ap 21-22)</i>	401

7. TRES APÉNDICES.....	413
CONTRAPUNTO CHINO: EL TAO DE LA NO-ACCIÓN	413
ECOLOGÍA BÍBLICA, CAMINO DE RESURRECCIÓN.....	422
<i>Resurrección, la identidad cristiana.....</i>	<i>423</i>
<i>Texto y esperanza/experiencia clave (Rm 8).....</i>	<i>434</i>
JUAN DE LA CRUZ, ALTERNATIVA DE AMOR	438
<i>El hombre, ser de tres mundos</i>	<i>438</i>
<i>Terapia reparadora, la salud del hombre es el amor.....</i>	<i>443</i>
<i>Morir en amor, eso es resucitar. Compartir la vida,</i> <i>eso es religión</i>	<i>447</i>
<i>Juan de la Cruz con Pablo, el amor universal (1 Cor 13)</i>	<i>451</i>
<i>Nueve propuestas. Camino de amor, la vida humana</i>	<i>456</i>
 Epílogo por Alfonso Roperó.....	 461
 Bibliografía.....	 467

Presentación

Vengo trabajando hace tiempo sobre el desafío ecológico¹ en línea de Religión, Biblia y Espiritualidad, y de nuevo mi amigo Alfonso Roper, de Editorial Clie, me ha pedido este libro insistiendo en la necesidad de una alternativa ecológica, para preservar la vida del mundo y fundar mejor la del hombre en la tierra.

Más que un tratado unitario, con principio, medio y desenlace, este libro es un conjunto académico de ensayos de tema ecológico, desde una perspectiva humanista, con matices éticos, filosóficos y teológicos. En tiempos inciertos como los nuestros es bueno buscar luz para caminar con cierto conocimiento hacia una nueva tierra y no basta la ayuda de la pura ciencia (aunque es fundamental) y menos la que propagan algunos medios de tipo económico/político, muy influidos por intereses de partido.

Necesitamos un conocimiento y compromiso más hondo desde una perspectiva de religión (religación) y sabiduría humanista, en una línea que, a mi juicio, ha de estar vinculada, en Occidente, con las tradiciones de la Biblia y de la espiritualidad, en diálogo con la sabiduría de los pueblos originarios y del pensamiento del Sur y el Oriente.

Desde mi función de profesor de Religión, Biblia y Espiritualidad, quiero ofrecer algunas orientaciones de camino en esos campos, sin aventurarme a discutir sobre problemas concretos de economía, política, ni ciencia estrictamente dicha (biología), que no son mi campo. Para subsanar en lo posible esa laguna he pedido un prólogo a mi amigo y colega Eduardo Agosta (Universidad de La Plata, Argentina, cf. Bibliografía), especialista en ecología del agua y asesor del Papa Francisco. Tampoco soy un analista social, y por eso he pedido

1. En el año 1984 dirigí con M. T. Aubach, en la Universidad Pontificia de Salamanca, un congreso, cuyas actas fueron publicadas por X. Pikaza y R. Margalef (eds.), *El desafío ecológico. Ecología y humanismo*, Salamanca, 1985. Veinte años más tarde, tras unas conferencias en Confer Madrid, publiqué otro libro titulado *El desafío ecológico. Creación bíblica y bomba atómica*, PPC, Madrid, 2004.

un epílogo a mi editor y colega Alfonso Ropero, siempre maestro en los saberes esenciales de filosofía y teología (cf. Bibliografía).

Como muestra el índice, este libro consta de una introducción y siete capítulos centrales, sobre religiones, Biblia (Génesis, Apocalipsis) y espiritualidad, ofreciendo al fin un panorama sobre el tiempo actual (modernidad y postmodernidad), con breves apéndices que pueden valer a modo de conclusiones.

La bibliografía sobre el tema es enorme, porque es inmenso el interés que suscita en los medios político-sociales, aunque algunas pretendidas “informaciones” de los medios pueden ser sesgadas como evidentemente pueden serlo las mías. A pesar de ello he tenido el atrevimiento de escribir este libro, con espíritu de diálogo y comunión, pues, siendo católico, escribo a petición de una editorial evangélica y, conociendo solo un poco la Biblia judeo/cristiana, me atrevo a opinar sobre otras “biblias” de la naturaleza y de la historia de los hombres.

Si queremos que la tierra sea hogar/casa de todos, superando los riesgos que la ecología actual está poniendo de relieve, deberemos optar y responder a la alternativa que ella nos plantea, como el Dios de la Biblia dijo a los hebreos al borde del desierto de su tierra: Pongo ante vosotros el bien y el mal, la vida y la muerte, escoged (Dt 30).

Solo me queda reiterar mi gratitud a la Editorial Clie por haberme confiado esta tarea, especialmente a Eduardo Agosta y Alfonso Ropero, por acompañarme con prólogo y epílogo, y sobre todo a mi mujer Mabel, coautora de todo lo que escribo.

San Morales, Salamanca diciembre de 2023.

La alternativa es aprender a cuidar este mundo, la tierra, casa común

El lector está ante una obra maestra del profesor Xabier Pikaza, «La alternativa ecológica», que ofrece delicadas pinceladas de un artista experimentado en Biblia, teología, espiritualidad y filosofía sobre el lienzo fractal y multidimensional de la ecología. La obra es una composición armónica de diversos enfoques y aproximaciones del autor a la cuestión ecológica, con un toque de fresca actualidad por la urgente necesidad del actuar consciente frente al acuciante desafío del cuidado de este mundo, la tierra, casa común, más allá del mundo social y de nuestro mundo personal e inmediato.

¿Y cómo es que llegamos a esta consciencia de cuidado global? Veamos:

Cuidar de nuestro mundo personal e inmediato

Durante muchos siglos, la moral cristiana se limitó a la esfera individual. La teología moral cristiana se ocupó inicialmente de las cuestiones que afectan a la libertad humana en sus diversas expresiones y dimensiones. Por eso hoy disponemos de una rica enseñanza moral sobre las más diversas y complejas situaciones que afectan a nuestro modo de estar en el mundo y de relacionarnos con nosotros mismos, con los demás y, en definitiva, con Dios, forjada a lo largo de siglos de tradición. Esta ética tradicional, y la consiguiente moral cristiana, estaba naturalmente enfocada en el ser humano y desde él se contemplaba toda la realidad circundante. La comprensión del mundo natural descansaba en el conocimiento rudimentario, natural e inmediato, que los humanos tuvimos durante milenios sobre la naturaleza física de las cosas.

La ética clásica tuvo su nacimiento natural en el pensamiento de Aristóteles y fue enriquecida por la mano teológica de santo Tomás de Aquino, que perduró durante muchos siglos. En ella, la naturaleza según Aristóteles, o la creación según el santo aquinate, ofrecía una unidad multiforme de sentido, en términos de bondad, orden, belleza y armonía, querida por Dios. Este orden primordial otorgaba una base común para las relaciones que había que cuidar y respetar. Por ejemplo, los animales y los seres humanos tenían algo que los englobaba: ellos compartían la esfera común de lo viviente, de lo creado. Es decir, animales y hombres son seres vivientes, habitantes del mundo natural ordenado, esto es, del espacio-tiempo concreto, establecido por Dios, en boca de santo Tomás, o por la naturaleza en Aristóteles. Además, se concebía que los seres inanimados y los seres vivos están destinados al bien común de la humanidad pasada, presente y futura, quien debía hacer uso respetuoso de ellos¹. Así, la comprensión de que hay un sentido último presente en el mundo creado siempre había estado presente en la enseñanza moral cristiana.

Más aún, la moral clásica trazaba una línea necesaria en la responsabilidad de los actos dentro de los seres vivos. Los animales se distinguían de otros seres vivientes, como pueden ser las plantas, en que ellos tienen la capacidad de sentir y cierta conciencia de sufrimiento. O sea, la capacidad de sentir los hace experimentar, al menos primariamente, algún tipo de vida mental que les otorga cierta capacidad de previsión del futuro, pero sin llegar a ser sujetos de su propia vida, o sea, los animales no pueden apropiarse de sus vidas como sí hacen los seres humanos. Para santo Tomás, los humanos son seres racionales con capacidad de dirigir sus propias vidas, cualidad que otorga un sentido de moralidad y trascendencia a los actos humanos. Y esto es clave en la teología moral. Solo el ser humano es sujeto de su propia vida, o sea, *persona*, que según declara el Catecismo de la Iglesia, «no es solamente algo, sino alguien, capaz de conocerse, de poseerse y de darse libremente y de entrar en comunión con otras personas»². En este sentido solo a los seres humanos se les debe respeto, pues son seres morales y tienen derechos. Es el ser humano que, por ser persona, puede «comer», o

1. Cf. Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, q. 96, a.1 y CIC, n. 2415.

2. Iglesia Católica (1992). Catecismo de la Iglesia Católica (CIC), 357. Versión en línea, https://www.vatican.va/archive/catechism_sp/index_sp.html

sea, decidir probar, poseer y dominarlo todo (Gn 2:17), y es «capaz de reconocer la diferencia entre lo que puede y lo que debe, pues si hiciera todo lo que puede, dominando sobre el mundo... acaba deshaciendo su huerto y matándose a sí mismo»³. Esta capacidad humana de discernimiento y juicio, ejerciendo su libertad, hace que sus actos trasciendan la inmediatez del espacio y el tiempo.

Desde esta comprensión sobre el ser humano, surgieron el *principio de responsabilidad* y el *principio de proximidad* en el espacio y el tiempo, que orientaban el discernimiento moral de las acciones humanas. «El trato del hombre con el hombre» o «ama a tu prójimo como a ti mismo» fueron las categorías teológicas que marcaron la ética tradicional, dando lugar a los preceptos de justicia, caridad, honestidad y respeto, entre otros, en el ámbito cotidiano de la inmediatez íntima y próxima de los efectos humanos comunes. En ella, la *técnica*, o sea, la capacidad productiva y transformadora del hombre sobre el mundo, presente en todos los pueblos, a través del arte, la manufactura, los artefactos e instrumentos creados para manipular la naturaleza, era considerada neutra, sin repercusión en la esencia humana ni en el ambiente natural (una excepción fue el ejercicio de la medicina porque era una acción inmediata sobre otro ser humano). Esto daba una visión estática y prístina de la relación entre el hombre y la naturaleza. La naturaleza se presentaba a los creyentes (y a los no creyentes) como intacta, inmutable y eternamente paradisíaca. Es más, el despliegue histórico de las acciones humanas tenía lugar en un marco natural inmóvil. La naturaleza se concebía como un escenario cósmico desnudo, inmutable y perpetuo, que proporcionaba a los seres humanos bienes y garantizaba sus derechos (la ley natural). Esta comprensión clásica de impecabilidad de la relación entre el ser humano y la naturaleza prevaleció en el pensamiento católico hasta el Vaticano II; incluso se puede rastrear todavía en algunos textos papales posteriores.

A finales de los años 60 del siglo pasado, el historiador estadounidense Lynn White Jr. argumentó sin miramientos contra la tradición judeocristiana como imposición histórica frente al paganismo en su artículo para la revista *Science*, «*Las raíces históricas de nuestra crisis*

3. Pikaza, X. (2004). *El desafío ecológico*. PPC, p. 45.

ecológica»⁴. En el contexto de una crisis ecológica a escala planetaria muy próxima, el autor escribió: «la crisis ecológica se agudizará hasta que rechacemos el axioma cristiano de que la naturaleza no tiene otra razón de ser que servir al hombre». Para él, la interpretación clásica (y errónea) de Génesis 1:28 («someted la tierra») cristalizaba culturalmente un axioma: Dios concede a la humanidad el señorío y el dominio sobre toda la creación, justificando así, según esta interpretación, toda explotación indiscriminada e incluso destructiva de la naturaleza. En otras palabras, Dios estaría legitimando a los seres humanos como señores absolutos de la naturaleza (tiranos), otorgándoles un dominio instrumental completo sobre ella. La religión judeocristiana fue la responsable, según este autor, de establecer un dualismo entre el ser humano y la naturaleza que desacralizó el mundo de tal manera que allanó el camino para la explotación de la naturaleza, ya que esta dejó de ser la morada de espíritus, duendes y dioses, para convertirse en una simple «cosa». Al quedar el mundo vaciado de presencias sagradas o mágicas, nada podía impedir que los humanos lo conquistaran vorazmente. Según el Génesis, las cosas estarían allí para ser puestas a su servicio, y más aún cuando era voluntad de Dios que el hombre fuera dueño y señor de todo lo creado.

Esta tesis fue un golpe bajo no solo para la teología moral, sino también para la teología de la creación que desde mediados del siglo pasado venía aclarando críticamente la correcta interpretación de los textos sagrados sobre los orígenes. Muchos autores han demostrado que la tesis de White era errónea a la hora de entender el relato de la creación, «creced y multiplicaos y dominad la tierra» (Gn 1:28). Así, durante varias décadas del siglo pasado, los creyentes nos situábamos en una posición sombría para el mundo secular: El judeocristianismo había creado las condiciones para que la humanidad, con la ayuda de la ciencia y la tecnología modernas, se dedicara a la depredación más rapaz e irresponsable jamás vista en la historia del planeta. Esta bandera antirreligiosa se enarboló durante mucho tiempo, haciendo irreconciliable la postura de los creyentes sobre el cuidado de la creación y las élites ecologistas radicales de vanguardia. El diálogo estaba cerrado.

4. White, Lynn. "The Historical Roots of Our Ecologic Crisis". *Science* 155.3767 (1967): 1203-207.

La perspectiva católica sobre la relación del ser humano con el resto de la creación nunca ha sido de radical antropocentrismo, como si se tratase de una separación infranqueable entre el ser humano y el resto de la creación. El ejemplo de la vida de tantos santos, como puede ser, Francisco de Asís, Felipe Neri o Catalina Tekakwith, cuyo vínculo con el mundo natural es de familiar intimidad, es un claro testimonio de ello. La perspectiva católica siempre ha sido la de un humanismo teocéntrico, *abierto al Absoluto*, para el cual la dignidad singular que tiene el ser humano en la creación es por ser *imagen y semejanza* de su Creador (Gn 1:26). Dios Creador ha dado al ser humano una autoridad benevolente y protectora, como la suya, sobre las demás creaturas (Gn 1:27-29). No obstante «el dominio concedido por el Creador al hombre sobre los seres inanimados y los seres vivos no es absoluto; está regulado por el cuidado de la calidad de vida del prójimo incluyendo a las generaciones venideras»⁵ lo cual «exige un respeto religioso de la integridad de la creación»⁶ pues ella posee «una fisonomía propia y un destino anterior dados por Dios, y que el hombre puede desarrollar ciertamente, pero que no debe traicionar»⁷, resalta el Catecismo de la Iglesia de 1991.

Quizás quien más haya influido culturalmente en el pensamiento dominante contemporáneo sobre el maltrato a la naturaleza, desde el siglo XVI hasta hoy, es el filósofo René Descartes. Es decir, el antropocentrismo filosófico, como corriente de pensamiento, nace por exagerar la capacidad humana de razonar como una distinción cualitativamente superior con respecto al resto de las creaturas. El pensamiento moderno cartesiano tuvo repercusiones contra el mundo natural: para este autor, la realidad se concibió como una separación insalvable entre *lo material (res extensa)* y *lo pensante (res cogitans)*. Así, por ejemplo, el ser humano empezó a ser considerado ser moral por poder pensar, y los animales empezaron a ser vistos como si fueran máquinas, autómatas, cuyo comportamiento se explicaría mecánicamente como si fuera un reloj analógico. Esta concepción dualista condujo a pensar al resto de las criaturas como cosas o medios que se los puede utilizar en función de la conveniencia a los intereses humanos. Es decir, la racionalidad moderna del

5. CIC, n. 2415.

6. Juan Pablo II (1991). *Centesimus annus*, 37.

7. *Ibid.*

tipo mecanicista exacerbó la superioridad del ser humano respecto del animal, con fuertes repercusiones negativas en el ámbito de la producción económica e industrial (lo viviente pasó a ser materia prima), cuyas consecuencias aún están presentes hoy en la cultura de la producción, consumo y descarte.

Cuidar del mundo social

Hacia finales del siglo XIX y en el transcurso del siglo XX, la cuestión sobre la moralidad de nuestras acciones comenzó a desplazarse progresivamente del ámbito individual al social como una cuestión lógica de necesidad pastoral. La preocupación por los pobres, los enfermos, los esclavizados o, más tarde, los indios, los negros, etc., ha estado siempre presente en la vida de la Iglesia, desde los tiempos de las primeras comunidades cristianas. Piénsese, por ejemplo, en las referencias de san Pablo a la colecta en ayuda a los pobres en sus cartas (cf. Gá 2:10; 1 Cor 16:1-2). Sin embargo, la «cuestión social» aparece con fuerza en la carta de León XIII, *Rerum Novarum*, en la que trata de las consecuencias de la revolución industrial en el ámbito laboral y el derecho de los trabajadores.

Posteriormente, las grandes guerras del siglo XX, el avance de la industrialización y la concentración del capital ahondó la brecha entre países ricos y pobres hacia mediados del siglo. La cuestión social frente a las inmensas calamidades que oprimían entonces a la mayoría de los países fue impregnando poco a poco la reflexión moral católica. El Concilio Ecuménico Vaticano II apostó por la introducir la cuestión de la justicia social como parte de la misma misión evangelizadora de la Iglesia. La constitución apostólica *Gaudium et Spes* cierra pidiendo crear un organismo global de la Iglesia «que tenga como función estimular a la comunidad católica para promover el desarrollo a los países pobres y la justicia social internacional»⁸.

Fue así como Pablo VI en 1967, en respuesta a esta petición conciliar, establece la Comisión Pontificia de Justicia y Paz con el fin de ser señal visible para mantener abiertos los ojos de las personas, promover el desarrollo de los pobres y la justicia social entre las naciones. Posteriormente, con el Sínodo Mundial de los Obispos sobre “Justicia en el mundo” celebrado en 1971, y las cartas encíclicas de

8. Vaticano II (1965), Const. Dogmática *Gaudium et Spes* (GS), 90.

Juan Pablo II, *Redemptoris Hominis* (1979), *Laborem excersens* (1981) y *Sollicitudo Rei Socialis* (1987) la reflexión teológica moral continuó enriqueciendo la enseñanza social de la Iglesia en la misma dirección trazada por el Concilio. Por ejemplo, con *Sollicitudo Rei Socialis* se incorporaron nuevos principios, como ser el «destino universal de los bienes» y las «estructuras de pecado», que provenían de la reflexión de la Iglesia latinoamericana (Medellín 1968). En 1988, Juan Pablo II elevó a la categoría de Pontificio Consejo de Justicia y Paz a la comisión homónima, otorgándole una mayor relevancia eclesial.

Así, progresivamente, junto a la preocupación por el individuo, la Iglesia también se interesó por las causas sociales de la injusticia o incluso por las repercusiones sociales de las acciones individuales. La moral cristiana dejó de centrarse únicamente en las relaciones interpersonales estrechas. En cambio, se abrió a los problemas sociales relacionados con la injusticia y a todo lo que afecta a las actividades humanas, como es por ejemplo el trabajo, y al auténtico desarrollo humano, como son por ejemplo la paz, la libertad religiosa, el acceso a los alimentos, los derechos humanos, la educación y el acceso al agua. De este modo, el binomio *justicia y paz* se acuñó en los años 70 para englobar las condiciones sociopolíticas que a menudo impiden la posibilidad de una vida digna y en condiciones suficientes para la humanidad.

Cuidar de la tierra

Si bien durante el período posterior al Concilio la preocupación de la Iglesia orbitó en torno a la cuestión social de la justicia y paz y la promoción de los pobres, cabe recordar que el primer Papa en plantearse la cuestión ecológica fue Pablo VI que, en un discurso ante el Organismo de Naciones Unidas para la Alimentación, en Roma, el 16 de noviembre de 1970⁹, denunció que «la humanidad hoy» posee «posibilidades técnicas» para producir «una verdadera hecatombe ecológica», provocando «el engullimiento del fruto de millones de años de selección natural y humana». Casi sin querer, Pablo VI dio el puntapié para desencadenar un despertar ecológico al interior de la

9. Cf. Discurso de su Santidad Pablo VI en el 25º aniversario de la FAO, 16 de noviembre de 1970. https://www.vatican.va/content/paul-vi/es/speeches/1970/documents/hf_p-vi_spe_19701116_xxv-istituzione-fao.html

Iglesia desde entonces. Su exhortación merece ser recordada como parte de los aires nuevos traídos por el Concilio Vaticano II.

Desde entonces en la Iglesia ha ido creciendo progresivamente la conciencia de articular necesariamente la justicia social y el cuidado del ambiente, en especial en aquellas regiones del planeta, como es Latinoamérica, donde la pobreza social de gran parte de la población coexiste con una naturaleza extensa y abundante que es abatida año a año, lo cual no hace más que distorsionar el mensaje evangélico de justicia y paz.

A medida que el conocimiento aportado por las ciencias de la Tierra sobre el estado del planeta se fue consolidando (el primer documento influyente fue «Los límites del crecimiento» del Club de Roma, 1972¹⁰), la conciencia ecológica en las sociedades de todo el mundo se fue haciendo cada vez más fuerte en los años 80. El punto más álgido se alcanzó en 1992 en la Conferencia de Río sobre Ambiente y Desarrollo de Naciones Unidas. De allí surge la creación de las dos grandes cumbres, claves para el devenir futuro de la Tierra: la conferencia del clima y la de la biodiversidad, conocidas como las COP, vigentes hasta el día de hoy.

A nivel cristiano, se generaron por impulso del Consejo Mundial de las Iglesias dos procesos conciliares, la primera Asamblea Ecueménica Europea de Basilea (1989) «Paz y justicia para toda la creación» y la Asamblea Ecueménica Mundial de Seúl (1990) «Justicia, Paz e Integridad de la Creación», que vincularon los problemas de la ecología a los de la justicia y de la paz, popularizando la expresión «integridad de la creación». Así en el ámbito católico, el trinomio Justicia, Paz e Integridad de la Creación se incorporó al nombre de los organismos de pastoral social creados por la Unión General de Institutos de Vida Consagrada (franciscanos, carmelitas, dominicos, etc.).

Entre la denuncia profética de Pablo VI (1970) y la llegada de *Laudato si'* (2015) de Francisco, la enseñanza de la Iglesia apostó por acrecentar la solidaridad a escala global como principio moral que había de guiar el discernimiento en la cuestión ecológica, así:

10. Cf. Meadows, D. H, Meadows, D.L, Randers, J. y Behren III, W. (1972). *The Limits of growth. A Report of the Club of Rome's project on the Predicament of Mankind*. A Potomac Associate Book, Disponible en <https://www.clubofrome.org/publication/the-limits-to-growth/>

«La cuestión ecológica no debe ser afrontada únicamente en razón de las terribles perspectivas que presagia la degradación ambiental: tal cuestión debe ser, principalmente, una vigorosa motivación para promover una auténtica solidaridad de dimensión mundial».¹¹

Este principio moral es un llamado a «la globalización de la solidaridad» que tiene que ver con la distribución y el uso justos de los bienes de la tierra, por ejemplo, las fuentes de energía, y del conocimiento y el desarrollo tecnológico. O sea, tenía que ver con una cuestión de justicia social y medioambiental entre los países más ricos y los más pobres. La relación justa de la humanidad con la naturaleza debía basarse en la caridad y la responsabilidad hacia los países en desarrollo y las generaciones futuras.

Fue esta la línea dominante en los escritos de Juan Pablo II y, particularmente, de Benedicto XVI. Si bien, sus escritos abordaron explícitamente cuestiones ecológicas importante, en general, no hicieron énfasis en el deterioro ambiental causado por la actividad humana. Predominaba en general una visión demasiado optimista sobre el estado de armonía primordial de la naturaleza y sobre la tarea humana, que es hacer un «uso sabio» de la naturaleza, sabiendo interpretar su gramática, lo cual implica el respeto de los límites propios de la naturaleza. Claramente era una mirada demasiado ingenua frente al creciente deterioro medioambiental que ya se observaba desde al menos mediados del siglo XX.

La novedad ecológica de *Laudato si'*: hermana madre tierra

Tras el lanzamiento de la encíclica *Laudato si'* del Papa Francisco en el 2015, la sensibilidad y conciencia ecológicas han crecido como nunca en la Iglesia. Hoy entendemos el cuidado de la creación como una concreción ampliada de nuestra búsqueda de la justicia y la paz frente a la degradación ambiental, la pobreza estructural y la creciente brecha en el desarrollo humano entre el Norte y el Sur globales. Existe una actitud a favor del cuidado de la creación que habría sido difícil de imaginar hace diez, veinte o más años, o que al menos habría despertado ciertas suspicacias.

11. DSI, 486.

A diferencia de la década de 1970, cuando se acuñó el binomio «justicia y paz», hoy no basta con limitarse a trabajar para promover y respetar el derecho de todo de ser humano a la tierra, la alimentación, el agua, la salud, la educación y el trabajo. Tampoco basta con luchar por los derechos de los niños y por el fin de la trata de personas, por mencionar algunas de las muchas injusticias que todavía afectan a cientos de millones de personas en todo el mundo. La cuestión ecológica, socioambiental es insoslayable. Es en este contexto en el que llega la encíclica *Laudato si'* irrumpiendo con algunas novedades conocidas por todos, pero ausentes hasta ese momento en la enseñanza oficial de la Iglesia.

Una novedad crítica tiene que ver con la necesidad de redefinir la relación de la humanidad con la tierra, para abandonar de una vez por todas el paradigma del ser humano como señor-soberano, dominador de las demás criaturas. Para ello, el Papa Francisco se basó en el poema del Santo de Asís y en la Biblia. Recordemos que la encíclica comienza con una metáfora sobre la relación auténticamente moral entre la humanidad y la tierra, basada en las imágenes proporcionadas por el «Cántico de las criaturas» del pobrecillo de Asís. Con ella, el Papa invita a todos los hombres y mujeres a mirar a la tierra no solo como una mera casa, sino como «nuestra hermana madre tierra»¹², estableciendo desde el comienzo de la carta pastoral, una comprensión de intimidad y filiación entre los seres humanos y la tierra, inédito en la enseñanza social de la Iglesia. Esta familiaridad con la tierra (somos hijos) se basa también en el hecho bíblico de que «también nosotros somos tierra», nos recuerda Francisco (cf. Gn 2:7). Más aún, el Papa agrega que nuestra hermana y madre tierra es un ser vivo, una subjetividad, por lo que ella, en un grito (voz), «clama por el daño» causado por el ser humano.¹³ Francisco nos recuerda que la Tierra oprimida por la humanidad «gime y sufre dolores de parto» (Rm 8:22).

La Biblia y el poema del místico le permiten a Francisco colocar el pensamiento católico en armonía con las ciencias ambientales y la ecología: somos frutos de la tierra, y el destino evolutivo de todos los seres vivientes habitantes de la tierra está hoy más que nunca

12. Francisco (2015), carta encíclica *Laudato si'* (LS), 1.

13. Cf. LS, 2.

en nuestras manos.¹⁴ La humanidad, junto con todas las criaturas, está en camino evolutivo *cosmo-teoleológico*. Es nuestra tarea vital reconducir a cada criatura a través de nosotros y con nosotros, con *inteligencia y amor*, hacia el encuentro definitivo con el Dios trascendente. Los dones de la inteligencia y el amor son esenciales para esta tarea. El primero significa una confianza en las capacidades técnicas y científicas del ser humano para encontrar soluciones. El segundo implica imbuir al primero de la pasión del corazón, dotarnos de convicciones profundas que nos ayuden a ponernos en lugar de otros empáticamente.

El profesor Xabier Pikaza nos ofrece pues las herramientas necesarias para formar la inteligencia y forjar esas necesarias convicciones profundas, de manera tal de ser capaces de dar nuestra respuesta alternativa ante la catástrofe ecológica. Alternativa que nace de la comprensión consciente del problema ecológico y de la sensibilidad ante el sufrimiento de las criaturas pobres y maltratadas, entre ellas, la hermana madre tierra, sabiendo que es posible hacer de este nuestro mundo, un lugar mejor y más digno de la habitación del ser humano.

Eduardo Agosta Scarel

Dr. en Ciencias de la Atmósfera y los Océanos, Licenciado en Física
y con estudios en filosofía y teología.

Investigador y experto en Clima. Asesor principal en Incidencia
Política del Movimiento *Laudato si'*, en Roma.

Director del Departamento de Ecología Integral de la
Conferencia Episcopal Española.
Diócesis de Segorbe-Castellón, España.

14. Cf. LS, 83.

Encrucijada ecológica, un desafío

Ciertos diagnósticos apocalípticos suelen parecer poco racionales o insuficientemente fundados. Esto no debería llevarnos a ignorar que la posibilidad de llegar a un punto crítico es real. Pequeños cambios pueden provocar cambios mayores, imprevistos y quizás ya irreversibles... Así se terminaría desencadenando una cascada de acontecimientos que se precipiten como una bola de nieve. En un caso así siempre se llegará tarde, porque ninguna intervención podrá detener el proceso... (Francisco, Laudate Deum 17, 2023).

Encrucijada es un cruce ante el que el viajero debe optar, si quiere seguir caminando. Viajeros de la vida somos, y ella nos pone con frecuencia ante importantes opciones, como la de Hércules en Grecia, Buda ante la higuera de Benarés, los hebreos ante el gran desierto (pongo ante vosotros la vida y la muerte, Dt 30) o como la de Jesús en Cesarea de Filipo (Mc 8).

Suele haber una ancha puerta y un camino llano que desemboca en la muerte y una senda estrecha, empinada y dura que lleva a la vida, y debemos optar por ella, si queremos alcanzar nuestro destino en sentido material y “espiritual”, pues no solo de pan vive el hombre (Mt 4:4), sino de toda palabra que viene de Dios. En este comienzo del tercer milenio, la vida nos pone ante encrucijadas, que exigen alternativas fuertes, en un plano personal y social, político, militar y económico. Entre ellas destaca la *alternativa ecológica*, ante el futuro de nuestra vida en la tierra. O respondemos bien, cuidando de ella tierra o, de lo contrario, podemos destruirla y destruimos.

Muchos afirman que nuestra humanidad, con su forma de actuar sobre la tierra, sometiéndola a la fuerza, carece de futuro. Nos hemos situado entre la vida y la muerte y, en conjunto, estamos apostando de hecho por la muerte, aunque digamos que somos defensores de la vida. Para optar por el futuro debemos realizar un gran cambio, como el que pidió Moisés (*pongo ante ti vida y muerte*,

Dt 30:15-20) y ratificó Jesús (*meta-noeite*; pensad y vivid de otra manera, Mc 1:14-15).

Este ha de ser un cambio interno y externo, económico y social, de teoría y práctica, de economía y política, pues de lo contrario, en la línea trazada por un tipo de “progreso tecno-crático” (poder de la técnica), destruiremos en pocos decenios, de forma irreversible la vida de la tierra.

Los ilustrados de los tres últimos siglos nos habían repetido que podíamos hacerlo todo y progresar, desoyendo el aviso del principio de la Biblia: De todos los árboles (bienes) de la tierra podéis comer, pero el día en que comáis del fruto del árbol del bien y del mal, como si no hubiera límite ninguno en vuestro camino, moriréis... (cf. Gn 2:15-17). Una modernidad egoísta, empeñada en imponer el poder del hombre sobre el mundo, nos había dicho “atrévete, conquista y coloniza”, y nos hemos atrevido, pero, en vez de humanizar la tierra en respeto amoroso, Gn 2:25, estamos corriendo el riesgo de searla, destruyendo así nuestro mismo principio de vida.

Hemos colonizado a sangre y fuego inmensos territorios físicos y culturales, imponiendo nuestra injusticia en ellos, sin más principio moral que nuestro egoísmo. En ese contexto, volvemos a escuchar la palabra de Jesús: ¿De qué os vale ganar el mundo entero si al hacerlo os perdéis vosotros mismos? (Mt 16:26). Hemos demostrado que podemos conquistar y pasar muchos fuertes y fronteras (Juan de la Cruz, Cántico Espiritual), consiguiendo un inmenso caudal de Mammón (Mt 6:24), al servicio de un mercado que compra y vende cualquier cosa, incluyendo almas y cuerpos (Ap 18:11-13), pero hemos olvidado el principio de la Biblia: El día en que comáis de ese fruto del bien y del mal moriréis.

Ha llegado la hora de detener ese avance y de cambiar de rumbo. Si queremos vivir, debemos *renunciar a cumplir un tipo de deseos* destructivos (en el sentido de Rm 7:7; 13:9) no por negación, sino por descubrimiento de caminos más altos, en línea de sabiduría y belleza, de salud, amor mutuo y esperanza de resurrección, pues de lo contrario acabaremos matándonos todos y quemando la vida de la “madre” tierra y destruyéndonos con ella.

Hemos querido imponer nuestra fuerza sobre el mundo, en una marcha triunfante de conquista y colonización, dominando los confines de la vida, derribando las últimas fronteras, plantando nuestro

orgullo de bandera sobre todos los competidores, para descubrir, al fin, que nuestra tierra es de hecho “plana” no redonda y que se acaba, acabando nosotros con ella, a no ser que paremos, nos detengamos y sepamos buscar y recibir tierras distintas de comunión en gratuidad.

Nos hemos creído elegidos de un Dios del poder, con derecho a seguir avanzando sobre cadáveres de enemigos, para imponer sobre ellos nuestra razón sangrienta..., descubriendo, al fin, que ese “dios” no es de verdad, sino diablo de las tentaciones de Jesús (Mt 4; Lc 4), bajo cuyo poder (Mammón, opresión, idolatría) hemos caído, como si lo que importara es tener y consumir cada vez más cosas, en un mundo de ricos sobre pobres, con arsenales inmensos de armas destructoras, mientras se extiende y domina sobre el mundo una pobreza de muerte para la mayoría.

Mañana es ya tarde, ha llegado la hora de descubrir que estamos ante el abismo, para detenernos y cambiar de dirección o, mejor dicho, para subir de plano y poner en marcha una sabiduría fundada en el amor a la vida, un conocimiento que no sea “ciencia del dominio del bien y del mal” (de cuyo peligro nos hablaba Gn 2), sino de resurrección. Por eso necesitamos recuperar nuestras más hondas raíces culturales y religiosas, volviendo a los caminos del Reino que proclamó Jesús, en comunión con otras sociedades de Asia, África, América y Oceanía, sin cerrarnos en los modelos triunfales de nuestras historias impositivas.

En este momento de gran crisis, ante el abismo de muerte que se abre a nuestros pasos, debemos pararnos y pensar que no podemos seguir como herederos de tribus triunfadoras, para ocuparnos con Jesús (como Jesús) de los “pobres”, perdedores, cojos-mancos-ciegos, impuros, expulsados, niños, viudas y extranjeros, iniciando así una marcha de ecología humanista, al servicio de la tierra, que no es Dios sin más, pero es signo y presencia de su vida.

Alternativa, cambio de paradigma

En otro tiempo, los hombres girábamos en torno a la naturaleza que se elevaba ante nosotros inmutable y terminada, de forma que todo parecía eterno, bajo una “bóveda” o círculo perfecto donde los hombres se limitaban a mantenerse obedientes. Ahora, en cambio (año 2024) estamos empeñados en dominar el mundo, no a cuidarlo

como quiere la Biblia (Gn 1-2), poniéndolo al servicio de un sistema de poder que oprime a grandes mayorías de seres humanos y pone en riesgo la vida de conjunto del planeta tierra.

El antiguo orden social era muy duro, pero en general los hombres respetaban el "orden" del mundo, pensando que era signo de Dios. El nuevo sistema, empeñado en su triunfo, tiende a divinizarse de un modo implacable, sin otro freno ni norma que su poder, corriendo así el riesgo de destruir no solo la existencia humana, sino todas las formas de vida sobre el mundo. En ese contexto hemos de tomar conciencia del desafío ecológico: O nos cuidamos unos a otros y cuidamos el mundo, al servicio de todos, y en especial de los más pobres, o nos destruimos como humanos en la tierra.

Por primera vez en la historia, la humanidad en su conjunto puede "suicidarse" (destruirse a sí misma) en el plano cósmico, personal y social). Pues bien, en este momento, ella debe asumir de un modo consecuente el compromiso de optar por la vida, cuidando no solo de sí misma por aislado, sino de la vida y salud del planeta tierra, con sus ecosistemas, sus plantas y animales.

Con el tipo de ciencia y política actualmente triunfante, con una educación que nos invita a dominar el mundo por la fuerza corremos el riesgo de destruirnos. Los tiempos urgen y son muchos los hombres y mujeres que están tomando conciencia que a este ritmo de progreso y consumo de los grupos más ricos la humanidad no tiene futuro, de manera que piensan (pensamos) que con las formas de vida que ahora utilizamos en el mundo más "desarrollado" no podremos sobrevivir muchos decenios.

Necesitamos una sabiduría nueva, superando los juicios antiguos del bien y del mal y los discursos triunfalistas del sistema económico-social dominador, para extender sobre el mundo una sabiduría nueva de renuncia creadora, al servicio de los marginados y de la comunión de todos los seres humanos. En ese contexto surge la necesidad de programar y de poner en marcha un modo nuevo de pensar y de vivir, al servicio de una nueva creación centrada en el hombre, en comunión con el mundo.

No somos "dueños" (dictadores) de la tierra para nuestro servicio egoísta, sino hermanos de ella, para bien de todos, de la tierra y de los hombres, en gesto positivo de "amor gozoso", pues todos dependemos unos de otros, nosotros de la tierra, la tierra de nosotros,

y los diversos grupos humanos de la tierra. Estos son los principales “problemas” del conjunto de la tierra tal como pueden plantearse desde una perspectiva ecológica.

a. Hay un problema científico de degradación de la tierra, es decir, es decir, del sustrato y fuente de las diversas formas de vida del planeta. El consumo egoísta y la degeneración de las energías y formas de vida del presente lleva riesgo de romper los desarrollos y posibilidades del futuro. Con nuestro modo de abusar del mundo podemos imponer la ruina sobre aquellos que vengan tras nosotros. Desde esta perspectiva cobran su hiriente actualidad algunos temas usuales de la ciencia y la reflexión ecológica:

- *Hay un riesgo de contaminación del aire*, esto es, de la atmósfera de la que vivimos, como han puesto de relieve las grandes religiones, tanto del oriente como de occidente. La respiración es vida, sin aire limpio/sano no vivimos.
- *Hay un riesgo de degradación de las aguas*, de polución de los mares, de envenenamiento de los ríos, etc. Aire y agua forman la pareja primigenia de la vida, tanto de la tierra en su conjunto, como de las plantas, los animales y los hombres.
- *En un plano más general se puede hablar del “calentamiento” global* del aire, del agua y de la tierra, no solo por un tipo de combustión desmesurada de carburantes fósiles, sino por la destrucción de los sistemas de regulación de la atmósfera.
- *En este contexto puede y debe hablarse, en fin, de un deterioro irreversible de la misma tierra*, cuya forma actual, al servicio de la vida se ha ido fijando y estabilizando a través de milenios de evolución cósmica.

Advertirá el lector que estos cuatro elementos (aire, agua, “fuego” y tierra) forman la base de la experiencia cósmica que ha venido marcando la historia del mundo (y en especial de occidente) desde la filosofía griega y desde los documentos fundantes de la literatura “sapiencial” de la Biblia. Como dirá Francisco de Asís en su “Canto de las creaturas”, aire-agua-fuego/calor y tierra son nuestras hermanas. Si destruimos nuestro pacto de fraternidad con ellas nos destruimos a nosotros mismos. Pues bien, un tipo de humanidad,

la humanidad despreocupada y codiciosa, dirigida por un egoísmo universal salvaje está destruyendo ese pacto y puede convertirse en causa de un crimen irreversible contra la vida del planeta.

b. Hay un problema social de distribución de la energía, pasando así de la lucha de los hombres contra la tierra, a la lucha universal de unos hombres y pueblos contra otros. En otro tiempo se habló de la necesidad de superar un tipo de propiedad privada. En línea ecológica hay que dar un paso más: debemos plantear el problema de la apropiación y utilización desigual de la energía de la tierra, que son un bien común, no exclusivo de algunos, que forman una pequeña élite capitalista. Por eso, éticamente, la nueva revolución económico-social de la humanidad resulta inseparable de un nuevo planteamiento ecológico de comunicación y participación universal en los valores de la vida.

- *Problema de orientación de la energía.* Hasta ahora estábamos en manos de la sabiduría de la naturaleza, que nos parecía infinita y tendíamos a intervenir en ella de una forma depredadora. Ha llegado el momento en que el conjunto de los hombres invierta ese proceso y descubra que su vida, la vida de todos, depende de la forma en que se sitúen ante el “jardín de la vida” o paraíso, para desplegar una vida que sigue siendo don de Dios.
- *Problema de organización social al servicio de la vida.* Debemos ir en contra de una dictadura de poderes impositivos de diverso tipo, que planean, elaboran y disfrutan de forma egoísta los bienes de conjunto de la vida. Para que la vida se mantenga debe cambiar de un modo radical la política de la humanidad, asumiendo de una forma universal los valores de la vida, por encima de una “libertad” entendida como principio de imposición social y dominio destructor no solamente en contra otros hombres y mujeres, sino de la misma tierra. O renunciamos al deseo de dominio absoluto, al ansia de poder y de consumo... o la llama de la vida que un día recibimos de la evolución cósmica (de Dios) terminará por apagarse en nuestras manos.

c. En esa línea se puede hablar de un problema cultural y religioso, en el sentido extenso del término. Hombres y mujeres, estados políticos y pueblos nos hallamos ante una encrucijada, de manera

que hemos descubierto la gran actualidad de una palabra central de Dios en la Biblia: «Hoy pongo ante ti la vida y la muerte, el bien y el mal, escoge bien y vivirás, pues de lo contrario acabarás cayendo en manos de tu misma muerte» (cf. Dt 30:15-16), como había dicho al principio de la creación: El día en que comáis del fruto del árbol del bien y del mal pereceréis (Gn 2).

Hoy (año 2024) comprendemos mejor lo que aquellas advertencias indicaban: Nos hallamos ante el riesgo de un suicidio individual y colectivo, de manera que, si no logramos asumir la tarea justa y de poner en marcha la buena iniciativa al servicio de la nueva creación, podemos acabar errando sin sentido, para dejarnos morir o destruirnos unos a los otros en guerra sin fin, destruyendo la vida del planeta.

El tema lo habían planteado desde antiguo algunos profetas y videntes, al hablar de la unidad de todos los humanos, como hijos de Dios, miembros de una misma naturaleza e historia. Pero actualmente se ha convertido en un tema universal, no solo de biología, filosofía y religión, sino también de política y economía.¹

Habitando sobre un único planeta, dentro de un sistema cósmico, los hombres y mujeres formamos un solo mundo humano, que nosotros mismos debemos gestionar, de un modo eficiente y comprometido, no solo al servicio de algunos grupos humanos más poderosos (en línea estatal o de corporaciones económicas al servicio del capital y/o del mercado), sino de la humanidad en su conjunto y de vida de la tierra, concebida de un modo extenso, como un gran viviente o *gea*, palabra que viene del griego *gê*, que forma parte de un abanico con expresiones más técnicas, como geo-metría (medida de la tierra), geo-logía (orden o loges de la tierra), etc.²

En esa línea, la *eco-logía*, como estudio y cuidado de la tierra (*ge, gea*), forma parte del proceso imparable de la globalización, que

1. Por millones de años se ha ido desplegando en el mundo la vida, en ejercicio sorprendente de creatividad y tolerancia, de diversidad y unificación. Pero ahora ella se encuentra en crisis: podemos destruirnos y destruir gran parte de la vida del planeta, porque siendo, como somos de algún modo sus señores, podemos convertirnos en sus enemigos, secando sus fuentes de vida y secándonos con ella.

2. *La realidad material* necesita condiciones apropiadas (de gravedad, materia...) para sobrevivir; *la vida vegetal y animal* necesita un contexto o medio (la biosfera, con sus cambios moleculares y genéticos). *El ser humano* necesita ese sustrato vital, una *noosfera* (contexto de pensamiento) y una matriz o contexto mundial de comunicación (en plano de palabra y trabajo, de productividad y distribución de bienes).

está resituando los problemas y cuidados de la economía, política y religión de tiempos anteriores (cf. Hch 17:26).

Situada en un nivel de responsabilidad y supervivencia, la globalización evoca *lo más alto*: la capacidad de vinculación concreta y programada de todos los vivientes entre sí. Pero, al mismo tiempo, ella nos sitúa, ante aquello que parece *lo más bajo*: millones de personas sufren y mueren a causa de la forma en que los hombres se vinculan y enfrentan sobre el mundo, controlando los bienes de consumo y los mercados, convirtiendo la tierra en un mar emponzoñado donde una mayoría de personas se ahogan, en las aguas sucias de la muerte.

La alternativa ecológica nos sitúa ante nuestra capacidad humana de asumir el reto gozoso y dolorido de la vida, en este planeta tierra en el que Dios ha querido que surgiéramos. Está en juego nuestra supervivencia, como seres racionales, que han despertado a la vida y se descubren capaces de transmitirla o destruirla, negándose a sí mismos, no solo de un modo violento, instantáneo, irreflexivo (bomba atómica), sino de un modo más lento y programado (mudando las claves genéticas de su vida y rechazando lo que son, seres humanos en libertad).

En esa línea tendríamos que leer y entender el conjunto de la Biblia, en línea transversal, desde el Génesis al Apocalipsis, los dos libros fundamentales de la ecología en la historia de occidente, distinguiendo y vinculando tres planos: Mundo en sí (cosmología), despliegue de la vida (biología), historia de la humanidad (antropología).

- *Mundo como un todo*, un espacio unificado de vida dentro de un sistema solar (dentro de una galaxia “infinita” en el contexto de “infinitas” galaxias. Entendido así, el mundo forma un tipo de sistema *unitario de vida* en el que todo puede y, en algún sentido, debe interpretarse conforme a unas leyes que estudia la ciencia.
- *Bio-esfera*, un círculo de vida en torno a la tierra. En ella hemos surgido los seres humanos, al parecer distintos y libres, desbordando el nivel cósmico de la realidad, para realizarnos de una forma autónoma. La vida es un prodigio de unidad y pluralidad. Todo nos permite suponer que ella tiene *un único proyecto*, un tipo de fórmula base que ha empezado a desplegarse en un momento

dado, y que se ha expandido luego a través de plantas y animales, construyendo o desplegando una inmensa variedad de formas y caminos. En este plano se sitúa el tema de la globalidad como unidad más alta entre las diferencias múltiples de la vida.³

- *Noosfera. Globalización humana.* El hombre forma parte del gran sistema cósmico y se encuentra enraizado, al mismo tiempo, en un sistema distinto, que parece tener cierta autonomía: la evolución o proceso de la vida. Es más, son muchos los que piensan que mundo y vida se hallan internamente dirigidos hacia el hombre. Sea como fuere, el hombre se encuentra situado frente al mundo, asumiendo de algún modo el proceso de su vida y construyendo un tipo de sistema nuevo, que ahora presentamos como espacio de *multiplicación y globalización social*, de tipo histórico y racional.

Los hombres constituyen grupos de relación personal, en los que se vinculan mutuamente, de un modo libre, creando así formas de convivencia que se adaptan a su propia identidad como personas, en plano de afecto y relación intelectual, social o económica. Pero esas formas de convivencia se pueden estructurar de un modo impositivo, convirtiéndose en opresoras para una mayoría de hombres y mujeres. Este es el lugar de la globalización, a la que nos referiremos de un modo normal como “sistema”, vinculado al despliegue de las relaciones humanas.

Pausa reflexiva con Teilhard de Chardin y G. Theissen

En un plano científico se dice que «nada se crea, nada se destruye, sino que todo se transforma». Nosotros podemos completarlo diciendo: «nada existe por sí mismo, nada es independiente; todo se encuentra conectado en un sistema o proceso universal». Formamos parte de ese proceso de realidad donde cada cosa se tensa y separa o divide, para distenderse y vincularse al mismo tiempo, en un camino que parece sin fin.⁴

3. La vida es un proyecto dinámico, donde unas constantes mutaciones de “azar-necesidad” han sido portadoras de unos caminos de evolución cuyo sentido y unidad final desconocemos, pero que han conducido de hecho hasta los animales superiores y los hombres que nosotros somos.

4. Por eso no podemos hablar de unas esencias desligadas de nosotros, pues si lo estuvieran no podríamos saber que existen. La realidad parece dominada por un impulso o deseo universal de diversidad. Es como una tensión que va haciendo que todo

Ciertamente, en un sentido, nada se crea, nada se destruye, como si a través de los cambios todo volviera a ser a ser igual, conforme a una visión de “eterno retorno” de las cosas... En un sentido todo cambia, manteniéndose el conjunto inalterado. Pero, en otro sentido, al cambiar todo, todo puede irse degenerando. En este contexto podemos hablar de dos procesos, que, en algún sentido, se vinculan y completan:

- *En un sentido, conforme a la ley 2 de la termodinámica, todo se va deteriorando, el conjunto cósmico pierde su desnivel energético, se va enfriando, de manera que, a través de un larguísimo proceso, los astros y la tierra van perdiendo su energía, hasta llegar a la muerte por “frío cósmico”.*
- *Pero, en otro plano, puede afirmar que, al menos en la tierra, la realidad va ascendiendo de nivel, en un plano de complejidad (y conciencia). Surge la vida a partir de la materia, en un proceso de aumento de complejidad: De la vida vegetal a la animal, de la vida animal a la humana, etc. En esa línea se puede afirmar que, mientras un tipo de realidad “corporal/material” degenera, va surgiendo, elevándose otro tipo de realidad, de carácter vital (otros dirían espiritual), como formularon desde la antigüedad los clásicos de la India y de Israel (entre ellos el Eclesiastés/Kohelet) que deja el tema abierto: Un tipo de mundo/realidad muere (baja o desciende de nivel en la tierra); otro tipo de realidad (alma) asciende a un plano superior de realidad (a un tipo de vida más compleja, en una especie de resurrección.*

Este es un tipo de doble proceso, de ascenso y descenso, o, mejor dicho, de dos procesos que son complementarios: Los cuerpos mueren, se van degenerando... Pero, en un plano complementario, podemos decir que “el alma”, la dimensión vital, espiritual de la vida va “ascendiendo”, en un proceso que los cristianos llaman (llamamos) de resurrección. Este es un tema que ha sido formulado por

se expanda, como si buscara sin fin lo distinto, algo que todavía no tiene. En esta línea parece moverse la intuición de *Heráclito*, filósofo griego, que interpretó el mundo como movimiento, de manera que no existe nunca el mismo río. En esta línea podría situarse *Espinosa*, filósofo judío del siglo XVII, que habló de un “conato” o impulso que mueve todo lo que existe. Solo habría movimiento, multiplicidad pura, sin que pudiera trazarse ningún tipo de vinculación o sistema entre las diversas realidades producidas y después abandonadas por ese río sin unidad (sin alma) de las cosas.

muchos filósofos y científicos (paleontólogos, biólogos...) entre los que podemos citar a Teilhard de Chardin.

a. Teilhard de Chardin (1881-1955). Punto omega

Fue un biólogo y teólogo francés de tradición católica, famoso por haber situado el tema del despliegue de la vida humana en un contexto evolucionista. A su juicio, todo lo que existe en el mundo conocido está inmerso en un proceso, que puede encontrarse fundado en Dios y centrado en Cristo. A diferencia de una visión anterior del mundo, hecha de esencias inmutables, hemos descubierto que formamos parte de un proceso de evolución *universal*. Todo está en proceso, no solo la vida vegetal y animal, sino la materia cósmica y el mismo pensamiento, es decir, el alma o la identidad más profunda de los hombres.

En este plano no se puede hablar de un alma eterna (fuera del tiempo) “ya hecha y fijada”, sino que el mismo ser humano (en clave personal y social) forma parte de un camino de realización (de identificación), que se encuentra vinculado al despliegue externo del mundo (es decir, a la vida cósmica) y al desarrollo de la conciencia humana, tanto en línea personal como social, de tal manera que se puede hablar de un proceso y de un futuro de las conciencias, de las personas.

Por una parte, la vida se degrada y muere. Pero, al mismo tiempo, en otro plano, debe hablarse de una evolución y ascenso de la vida humana, que tiende hacia niveles de mayor complejidad y conciencia, en una línea que se centra en el despliegue del hombre entendido como libertad y comunión (comunicación) en Cristo, que es el *punto omega* en quien todas las almas/personas se vinculan y culminan.

La vida de los hombres se inscribe por tanto en el proceso evolutivo, ascendente, de la vida, que ha de entenderse ya de un modo universal. Todas las religiones pueden vincularse (no negarse) de algún modo en Cristo, para iniciar un proceso de elevación humana y religiosa. Pero no solo las religiones como “estructuras de vinculación de pensamiento/vida”, sino las personas concretas y los pueblos. Teilhard entiende así la creación y la evolución como un camino abierto hacia el pleno despliegue de Cristo, es decir, hacia la unión de todos los hombres en meta de conciencia ampliada (universal) y

de comunión interhumana, por el que todos los hombres y mujeres quedan integrados, con sus aportaciones y valores.

Esta visión puede resultar demasiado optimista, pues supone que la evolución del cosmos, de la vida y del hombre tiende y nos lleva hacia cotas de mayor complejidad, conciencia y plenitud en el proceso ascendente de la evolución. Según eso puede haber una “ecología externa destructora” (conforme a la cual la vida del mundo se apaga y consume), que queda integrada y superada por una ecología interna, de transformación mental (espiritual) de los hombres.

- Por una parte, el hombre externo muere (se va despojando de este cuerpo de muerte...), en gesto de plena gratuidad y donación, despojándose de sí mismo, en un mundo que externamente acaba destruyéndose en la nada o, mejor dicho, en el agujero negro de la muerte.
- Pero, al mismo tiempo, unido a Cristo, el hombre interior se va transformando, en gratuidad, en libertad, en comunión con los hombres y mujeres que superan su “conciencia particular” (enfrentada con otras conciencias) y se van vinculando por/tras la muerte en un tipo de conciencia universal más alta, la conciencia de Dios en Cristo, como resucitado de entre los muertos.

Teilhard de Chardin reflexionó apasionadamente sobre este tema en *El Medio Divino* (Trotta, Madrid 2021, original 1956), un libro de teología y mística que es, al mismo tiempo, un tratado de biología e “historia de las almas”. Conforme a la visión de este libro, la evolución del hombre no acontece a través de un despliegue positivo de la vida, sino también a través de un proceso de “muerte creadora”, de auto-superación, de vinculación en amor con todas las conciencias, que se vinculan en amor en Cristo resucitado.

Eso significa que el hombre debe despojarse en amor (por amor) de su individualidad egoísta, muriendo de esa forma a su yo aislado, para integrarse en el yo más alto de Jesús resucitado, que es la encarnación plena de Dios en la vida humana. Eso significa que la última palabra de Dios (de la vida de los hombres) culmina en la Pascua de Cristo que muere por y con todos, abriendo a través de su muerte un camino de vida para todos. El final del camino del hombre es la resurrección de toda la realidad, en Cristo y con Cristo, el

surgimiento de una conciencia-vida universal (resucitada) en la que se integran todos los seres humanos.

En este fondo se inscribe la obra clave de Teilhard de Chardin, titulada *Misa sobre el mundo*, escrita, experimentada en la fiesta de la Transfiguración del Señor, en el verano de 1923, cuando él se hallaba en misión científica en las alturas del desierto de Gobi, entre China y Mongolia:

En la nueva humanidad que se está engendrando hoy, el Verbo ha prolongado el acto sin fin de su nacimiento, y en virtud de su inmersión en el seno del mundo, las grandes aguas de la materia, se han cargado de vida sin estremecimiento. En apariencia nada se ha estremecido en esta inefable formación y, sin embargo, al contacto de la Palabra sustancial, el universo, hostia inmensa, se ha convertido misteriosa y realmente en carne. Desde ahora toda la materia se ha encarnado, Dios mío en tu encarnación... Lo que entreveía mi pensamiento indeciso... tú me lo haces ver de un modo magnífico: no solo que las criaturas sean solidarias entre sí, de manera que ninguna pueda existir sin todas las demás..., sino que estén de tal forma suspendidas en un mismo Centro real, que una verdadera vida, sufrida en común, les proporcione en definitiva, su consistencia y su unión... Tú, Señor Jesús, en quien todas las cosas encuentran su subsistencia, revélate al fin a quienes te aman como el alma superior y el foco físico de la creación...

Lo que yo experimento, delante y en el seno del mundo asimilado por tu carne, convertido en tu carne, Dios mío, no es ni la absorción del monista, ávido de fundirse en la unidad de las cosas, ni la emoción del pagano prosternado a los pies de una divinidad tangible, ni el abandono pasivo del quietista que se mueve a merced de las energías místicas. Aprovechando algo de la fuerza de estas corrientes (monista, pagana, quietista), sin lanzarme contra ningún escollo, la actitud en la que me sitúa tu presencia universal, es una admirable síntesis en que se mezclan, corrigiéndose, las más formidables pasiones que pueden jamás soplar sobre un corazón humano.

1. Lo mismo que el monista, me sumerjo en unidad total, más la unidad que me recibe es tan perfecta, que sé encontrarme en ella, perdiéndome, en el perfeccionamiento último de la individualidad.

2. Lo mismo que el pagano, yo adoro a un Dios palpable. Llego incluso a tocar ese Dios en toda la superficie y profundidad del mundo de la materia en que me encuentro cogido. Pero, a fin de asirlo como yo quisiera (para seguir sencillamente tocándolo, a Dios), necesito ir cada vez más lejos, a través y más allá de toda limitación sin

poder jamás descansar en nada, empujado en cada momento por las criaturas y superándolas en todo momento en un continuo acoger y un continuo desprendimiento.

3. *Lo mismo que el quietista, me dejo mecer deliciosamente por la divina fantasía. Más, al mismo tiempo, sé que la voluntad divina no me será revelada en cada momento, más que dentro de los límites de mi esfuerzo. No palparé a Dios en la materia, como Jacob, más que cuando haya sido vencido por él».*⁵

En esta visión de Teilhard de Chardin puede ayudarnos a reformular la ecología, vinculando la experiencia negativa de un mundo que se destruye a sí mismo, con la visión ascendente de una vida/conciencia que se eleva y purifica por la muerte, por la entrega a los demás. En ese contexto, a modo de contrapeso, quiero presentar la visión más sobria, en clave protestante, de G. Theissen, que sitúa también la fe en una perspectiva evolucionista.

b. Gerd Theissen (*1943). Los dolores del presente

Sociólogo, exégeta bíblico y pensador reformado, de Alemania, que, en una perspectiva distinta a la de Teilhard de Chardin, aunque sin negarla, abre un espacio para situar la ecología cristiana, en la línea de los dolores del mundo actual, formulados de manera clásica por Pablo en Rm 8. Su obra más significativa (*Fe bíblica. Una perspectiva evolucionista*, VD, Estella, 2002, original alemán 1984) recoge y repiensa los diferentes aspectos de la exégesis bíblica y de la teología desde la situación de violencia, incertidumbre y miedo en que se debate la humanidad en el momento actual, en plena crisis política, militar y ecológica.

Theissen comienza afirmando que hay una *realidad en sí*, entendida como fondo del que todo brota y centro al que todo ha de ajustarse, fin o meta a la que tiende el conjunto de las realidades de la naturaleza y de la historia cultural de los hombres (aunque no se

5. *Misa sobre el mundo. Himno del Universo*, Madrid 1967). Entre sus obras, en castellano. *El fenómeno humano* (Madrid, 1959); *El medio divino* (Madrid, 1960); *El grupo zoológico humano* (Madrid, 1964); *El futuro del hombre* (Madrid, 1964); *La Visión del pasado* (Madrid, 1964). Entre las valoraciones de su pensamiento, cf. H. de Lubac: *El pensamiento religioso de Teilhard de Chardin* (Madrid, 1967); A. Fierro, *El proyecto teológico de Teilhard de Chardin* (Salamanca, 1971); F. Riaza, *Teilhard de Chardin y la evolución biológica*, BAC (Madrid, 1968).

atreve a defender un esquema optimista de la evolución, tal como hace Teilhard de Chardin, pues la realidad en sí y el mensaje de la Biblia nos sitúan ante una perspectiva diferente.

A su juicio, la realidad divina en cuanto tal resulta desconocida. Ciertamente, podemos presentar a Dios como fondo de unidad del que brotan y al que tienden todas las restantes realidades que vamos conociendo y que van configurando nuestra acción en el mundo. Las tradiciones religiosas han tendido a darle el nombre de Dios (lo divino), pero en un primer momento no podemos decir cómo es o cómo se revela (influye) sobre los humanos, pues al lado de Dios unas *realidades concretas* (con minúscula), que marcan el sentido de los procesos de la naturaleza y de la historia.

Podemos y debemos apelar a Dios, pero, al mismo tiempo, viviendo y siendo en Dios, el hombre vive en medio de realidades concretas que influyen en su vida y que él debe estudiar de un modo científico. Por eso deben tenerse en cuenta la religión y la ciencia, entendidas formas de adaptación cognitiva y práctica del hombre a las realidades y a la realidad en sí que es Dios:

- La *ciencia* se centra más en las realidades concretas e intenta conocerlas y adaptarse cada vez más a ellas, a través de un proceso constante de tanteo-error, sustituyendo las hipótesis antiguas por nuevas hipótesis, capaces de responder con más precisión a la riqueza de las realidades; de esa forma quiere responder con fidelidad creciente a las exigencias de la misma realidad en sí, que se va manifestando en cada una de las realidades concretas. En esa línea, la ciencia nunca acaba de saber lo que pretende, pues busca siempre un mejor conocimiento de las cosas, en línea de apertura ilimitada hacia su último sentido.
- La *religión*, por su parte, se sitúa de un modo más directo e inmediato ante la realidad en sí y descubre (o quiere descubrir) ese último sentido de un modo personal, más allá de los diversos momentos y exigencias de la naturaleza y la cultura, para así captar mejor los rasgos concretos de la vida divina (originaria) y la forma en que el hombre puede responder a ella a través del propio compromiso de su vida, es decir, de sus acciones personales. Ni la ciencia ni la religión ofrecen una respuesta total a los problemas y exigencias de las diversas realidades y de la realidad

en sí; por eso, aunque a veces parecen excluirse, es bueno que asuman y recorran juntas el mismo camino de realización de la humanidad.

La ciencia avanza por hipótesis que tienen valor en la medida en que sirven para responder a la llamada de la realidad, pero ha venido desarrollando una especie de teoría básica, de tipo unitario, en la que pueden vincularse los diversos niveles de la realidad. Esa hipótesis, en la que se asumen o incluyen las aportaciones de la física sobre el origen y unidad del cosmos y sobre sus diversos tipos de energía, se concreta actualmente en una *teoría general de la evolución*, que nos permite organizar los aspectos y momentos de la realidad en un proceso o despliegue de conjunto, donde pueden y deben distinguirse dos aspectos básicos, de naturaleza y cultura.

- *La evolución natural (prehumana)* se realiza de un modo violento, a través de procesos de mutación, selección y adaptación que condenan a muerte a los vivientes menos aptos o más disfuncionales. Eso significa que los elementos o vivientes triunfadores se han desarrollado o existen a costa de los perdedores: la vida se alimenta de la muerte.
- Por el contrario, *la evolución cultural, que es propia de la humanidad*, puede realizarse de manera no violenta, si ellos, los humanos, así lo descubren y deciden, a fin de que el despliegue de la realidad ofrezca un lugar para todos los vivientes (esto es, a fin de que puedan vivir todos los seres humanos, dentro de una vida vegetal y animal puesta al servicio de los hombres, pero no en forma de esclavitud u opresión, sino de mutuo servicio o ayuda.

En este plano (a diferencia de lo que pensaba Teilhard de Chardin), G. Theissen supone que, en sí misma, la evolución carece de 'sentido', de manera que no existe para ella ningún tipo de origen o meta final: no sabemos de dónde viene el mundo (de dónde surgen las realidades concretas) ni hacia dónde se dirige (no sabemos si existe un final positivo para los humanos, un *punto omega* de salvación como el que postulaba Teilhard, o si ellas (las realidades) se van despeñando hacia caminos ciegos).

Solo en un plano superior, desde una perspectiva de fe, se puede hablar de una mano de Dios que dirige el proceso de la evolución

de la vida y, de un modo especial, de la vida humana, de manera que los mismos hombres y mujeres pueden dar un sentido positivo al camino de la historia, cambiando o, mejor dicho, rectificando una línea de evolución ecológica que, en sí misma, puede llevarles a la muerte de la especie humana.

En contra del esquema de sustitución, propio de A. Comte y de otros muchos investigadores de los siglos XIX y XX (incluidos los marxistas), cuando afirman que al final del proceso de la historia humana no habrá religión, sino solo ciencia positiva, Theissen supone que religión y ciencia no se suceden y sustituyen, sino que el avance de la ciencia puede y debe ir unido a un avance de la religión, en perspectiva abierta, pero no de identidad final, como parece suponer Teilhard de Chardin.

De manera normal, las religiones han ido cambiando, desde un politeísmo, que sacralizaba diversas entidades o principios enfrentados entre sí (lucha de dioses), hasta un monoteísmo que expresa la unidad y sentido básico del proceso del mundo y de la historia humana en términos de creación y adaptación a la realidad fundamental divina entendida de forma positiva y unitaria. En esa línea, Theissen se muestra muy respetuoso con las religiones, especialmente con las orientales (el budismo), destacando la necesidad de un diálogo entre ellas; pero asume como más significativo o valioso el despliegue de la religión bíblica. En esa línea añade que la ciencia occidental y la fe bíblica constituyen dos momentos complementarios de una misma gran búsqueda del hombre, de un intento común por adaptarse de forma humana, no violenta, al sentido básico de la realidad, poniendo de esa forma la misma evolución y la ecología al servicio de la vida.

Theissen piensa que el pueblo de Israel realizó en este campo un descubrimiento fundamental, que está en consonancia con la ciencia moderna, al afirmar, con el monoteísmo, que la realidad en sí es solamente una. Eso significa que, por encima de las luchas parciales entre los diversos pueblos, simbolizados por dioses particulares, existe una fuente primera y una meta final para todos los humanos, pues la historia humana se funda en el Dios único y se expresa a través de una adaptación pacífica de pueblos y personas a la realidad divina, porque Dios es infinito y la riqueza de su Ser (divinidad) suficiente para todos los seres de este mundo y de otros posibles mundos del gran cosmos. Por eso rechaza la visión sacrificial de los

aztecas y de otros pueblos que pensaban que tenían que “satisfacer” a Dios, compensándole por los dones que él nos ofrece.

De un modo consecuente, el descubrimiento de la unidad y trascendencia de Dios se vincula al rechazo de las imágenes sagradas, que sirven para evocar realidades concretas, que encierran al hombre dentro de unos límites de realidad siempre parciales, pues solo hay un mundo en el que estamos todos vinculados. El monoteísmo teológico (adoración de un solo Dios) impulsa y promueve un camino de encuentro y pacificación universal, pues en el Dios transcendente y gratuito hay lugar de vida para todos los pueblos y para todos los hombres, en gratuidad, no en imposición de unos sobre otros. Esta visión, apoyada en investigadores muy significativos de la Biblia (en la línea de Von Rad y R. Albertz), permite a Theissen ofrecer una visión esperanzada del Antiguo Testamento, vinculando, sin confundirlos, los aspectos sociales e históricos, literarios y teológicos del pensamiento israelita.

Para los cristianos, la experiencia israelita, lleva a Jesús, que ha venido a mostrarse *profeta apocalíptico y sabio*, que ha interpretado el juicio de Dios como una experiencia de gratuidad (perdón universal) y nuevo nacimiento (es decir, en forma de recreación y resurrección). Según eso, Jesús ha muerto (ha sido ajusticiado) por haber cumplido su misión de pacificación universal, por su anuncio de Reino, por su gesto de apertura hacia los expulsados e impuros de la sociedad sagrada israelita.

Eso significa que Jesús puede y debe verse como un momento clave en la evolución de la humanidad, que no se expresa ya en forma de competencia y lucha de unos contra otros y de todos contra el mundo, sino en forma de gratuidad universal. Los creyentes pueden ver a Jesús como gran *mutación humana*, en línea de gratuidad (de perdón y comunión universal) añadiendo que en ella se ha expresado la misma realidad en sí, que es lo divino.

Jesús aparece así como adaptación originaria y expansiva del hombre a esa realidad fundante que es Dios, que es la vida, en línea de diálogo en gratuidad, de ayuda de unos a otros, pues hay en él (en el Dios de Cristo) lugar de vida para todos, sin lucha de unos contra otros, en línea de ecología positiva (de vida para todos, en especial para expulsados por la sociedad (enfermos, distintos, impuros, etc.)). En este contexto resulta sugestiva la presentación de

Jesús como hombre *neoténico*, esto es, como alguien que rompe los esquemas rígidos de la sociedad y la cultura del entorno, para abrirse otra vez, desde su madurez, como nuevo niño al orden definitivo de lo humano, en paz con el mundo, en respeto por la naturaleza, al servicio de la vida.

Jesús ha sido una (la) mutación providencial (anhelada pero nueva, sorprendente pero transformadora) de la historia humana. Por eso ha podido suscitar dentro de ella un tipo nuevo de vida, superando los principios de la carne, propios de una selección dura, que triunfa en formas de expulsión y rechazo, de violencia y destrucción de los vencidos, con dominio violento sobre el mundo, superando así el estilo de violencia de aquellos que viven oprimiendo y expulsando a los demás y dominando de un modo violento sobre la naturaleza.

Pues bien, en este tiempo de paso entre el siglo XX y XXI, la herencia de la vida vegetal y animal y la misma existencia del hombre sobre el mundo se encuentran amenazadas por la violencia egoísta de los individuos, por la lucha entre los pueblos, por el egoísmo de los estados y la globalización antihumana del sistema, bajo el riesgo de la destrucción ecológica. Vivimos bajo la amenaza de una violencia inmensa que se expresa en la irracionalidad del conjunto de la historia y, en especial, de la forma actual de vida, bajo el riesgo de una destrucción ecológica.

En contra de la visión optimista de algunos católicos como K. Rahner o Theilhard de Chardin, que parecen proyectar sobre el futuro cósmico un tipo de esperanza escatológica cristiana de plena salvación, Theissen mantiene una 'reserva evangélica' de tipo apocalíptico y así desconfía sanamente de los pretendidos valores de la cultura moderna: no podemos afirmar que nuestra historia de progreso material y de triunfo del sistema nos conduzca hacia un futuro de concordia.

Es muy posible que la historia actual nos lleve a la locura de una guerra y destrucción generalizada, con una especie de derrumbamiento ecológico. Pues bien, a pesar de la dureza de la selección animal que proviene de nuestras raíces biológicas y, sobre todo, a pensar de la violencia cultural que los hombres hemos venido desarrollando, podemos y debemos confiar desde la fe que el mismo

juicio de la historia (que se muestra en la cruz de Jesús) vendrá a desvelarse finalmente como gracia y salvación por Cristo.

Theissen es un hombre y un teólogo de inmensa sobriedad, de renuncia a un tipo de avances opresores de la economía y la política. Vive de una forma voluntariamente austera, en oposición a una cultura de ostentación, opresión y derroque que conduce a la ruina ecológica del mundo. En esa línea, con gran sobriedad, sigue afirmando que para los cristianos no existen dos verdades (una científica, económica, política) y otra religiosa, sino una única verdad que nos va guiando en el camino de adaptación a la realidad trascendente que es el Dios de la gratuidad y de la vida. Contra todos los posibles fundamentalismos científicos o religiosos, debemos afirmar que ni ciencia ni Biblia son en cuanto tales una copia exacta de la realidad divina, sino solo medios importantes en un camino siempre abierto a la verdad de Dios, en gratuidad y perdón, moderación y esperanza en el camino de la vida

Solo existe una Verdad, pero ella es siempre trascendente y supra-social, pues se identifica con la adaptación plena de los hombres a la realidad en sí, que es la divina. Ciertamente, esa Verdad puede revelarse y se revela, para los creyentes cristianos, a través de la Palabra de la Biblia, tal como se escucha y acoge en las iglesias. Pero ella, siendo teórica y práctica, siendo vida de gozo y belleza, va siempre más allá de las exigencias y planteamientos de una colectividad obligada a organizarse y defenderse en términos de sistema eclesial o político. Desde ese fondo, a pesar de sus deseos de unidad, de hecho, en la realidad concreta de la vida, Theissen defiende un tipo de dualidad muy protestante, agustiniana, diciendo que, de hecho, existen *dos ciudades* contrapuestas. (a) *La ciudad del mundo*, que se encuentra dominada por principios de selección violenta dura. (b) *La ciudad del Reino*, que está formada solo por individuos liberados.⁶

Proceso cósmico, vida en el mundo

Quizá podamos suponer que al principio hubo un *big bang* (un estallido de realidad) y que al final habrá un estadio conclusivo de

6. Además de obras ya citadas, entre las traducidas al castellano, cf. *El movimiento de Jesús* (Sígueme, Salamanca, 2005); *La religión de los primeros cristianos: una teoría del cristianismo primitivo* (Sígueme Salamanca, 2002).

quietud o equilibrio térmico y energético en el que todo acabe y se consuma (al menos en un sentido). Pues bien, dentro de ese proceso estamos nosotros, llamados a mantener y transmitir la llama de la vida, pero llevando en nuestro propio egoísmo el riesgo de apagarla, como hemos visto al hablar del diluvio. En ese camino de vida y de muerte nos sitúa el cristianismo, como portadores de una esperanza de resurrección.

- *La realidad es generación.* Desde antiguo, se viene destacando la importancia de generación o surgimiento de la realidad, sea en formas de *emanación óptica* (entendida con signos físicos: como la luz que brota de un foco inextinguible, como el agua que mana de una fuente que nunca se agota...) o de engendramiento biológico. En esta perspectiva, en el fondo de un proceso que parece ir arrastrándolo todo hacia la muerte, podría descubrirse la existencia de una realidad original de la que brotan y hacia la que tienden todos los movimientos de la realidad, tal como nosotros los interpretamos y sentimos. Quizá pudiéramos decir que somos portadores y testigos de una vida de Dios sobre un mundo que parece amenazado de muerte, a pesar de su inmensa riqueza de vida.
- *La realidad es corrupción o muerte.* Pero en el mundo antiguo la generación y corrupción formaban parte de un proceso de eterno retorno en el que todo cambia (nace y muere), manteniéndose idéntico a sí mismo, un tema que aparece evocado en la misma Biblia por el libro del Kohelet dentro de la cosmovisión antigua, generación y corrupción eran momentos complementarios de un proceso constante de eterno retorno, tal como lo puso de relieve Mircea Eliade en *El mito del eterno retorno*, en el que todas las corrupciones forman parte de un proceso inverso de generación. Pues bien, en contra de ese modelo cíclico de generación y corrupción (conforme al ciclo del eterno retorno), *la religión bíblica introduce un esquema lineal* que desemboca, por un lado, en la muerte final de este tipo de vida del planeta Tierra, pero se abre, por otro lado, a un tipo más alto de vida, que los cristianos identifican con la resurrección de Jesús.
- *Al mismo tiempo, la realidad (y en ella la vida de los hombres)* forma parte de un conjunto (un continuo) interrelacionado de realidades minerales, vegetales, animales y humanas. En una perspectiva

de totalidad cósmica puede defenderse (y algunos defienden) un *modelo cíclico (ondulatorio)*, según el cual el cosmos (uni-verso o pluri-verso) de “infinitas” galaxias se expande y contrae sin cesar, como eterno proceso de generación/corrupción/regeneración, etc. Pero en plano concreto del planeta tierra, dentro del sistema solar, se ha impuesto una visión lineal de nacimiento, despliegue y muerte biológica que puede estar acelerada por el influjo destructor de la acción humana.

Estos dos movimientos, uno descendente de degradación de la vida física y otro ascendente de elevación de la mente (de resurrección) pueden y deben relacionarse. Del deterioro y/o aceleración de la muerte biológica del planeta Tierra, habitado por los hombres, trata este libro, desde una perspectiva cultural y/o religiosa. Pueden acabarse los ciclos de vida, puede llegar la muerte biológica del mundo, esto es, el final de este tipo de vida. Por tanto, en ese plano, no se puede hablar de eternidad, sino de generación y corrupción, un proceso de vida en espiral que acaba en la muerte, una muerte que puede estar y está adelantada por la acción depredadora de los hombres, como seguiré diciendo.

Pues bien, en contra (a contrapelo) de ese proceso de muerte, podemos plantear el tema de una elevación espiritual de la humanidad e incluso de una superación humana de la muerte, en forma de resurrección. En conjunto, las religiones de oriente (hinduismo, budismo) afirman, por un lado, que los hombres mueren con/en la tierra, pero que esa muerte es buena para ellos, pues de esa forma (si están internamente preparados) es liberación de esta tierra y descubren su verdad (habitan) en su mundo verdadero eterno, que es la divinidad o lo nirvana. De un modo convergente, los judíos de la Biblia y de un modo especial los cristianos afirman que, por encima del proceso de muerte final de este mundo, por gracia del Dios superior, los hombres pueden “resucitar”, es decir, “renacer” en un plano más alto de humanidad “divinizada”.

Según eso, el compromiso humano (cristiano) a favor de la vida en el mundo (en línea de ecología) se integra y culmina en la gracia y compromiso de la resurrección. Según eso, la ecología cristiana puede integrarse dentro de una teología general de la creación y de la resurrección, como ha puesto de relieve Pablo, cuando integra la

vida del mundo entero en el camino del mesianismo de la vida, entendida en forma de proceso de esperanza universal (Rm 8).

Madre tierra, la casa de la vida. Quiero empezar ocupándome de la tierra, entendida como proceso evolutivo de tipo alimenticio, en el que unas realidades provienen de otras, formando así cadenas de vida. De esa forma, mi reflexión quiere situarse ya en concreto sobre este planeta o globo que es la tierra, entendida como casa o lugar de surgimiento y despliegue de la vida que nosotros somos.

- *La vida es multiplicidad y movimiento.* Dentro de la realidad cósmica, entre las casi infinitas galaxias, al interior de la Vía Láctea, como planeta peculiar de nuestra estrella-sol, ha surgido y nos sostiene este globo del mundo, que llamamos tierra y que constituye nuestra casa (en griego *oikos*, de donde viene *eco-logía*, igual que *eco-nomía*, etc). Por eso, más que de una globalización cósmica, en la que apenas somos capaces de influir (al menos por ahora), podemos y debemos hablar de una globalización ecológica, que se expresa en el cuidado por el “globo” tierra, madre de la que hemos nacido y casa en la que habitamos los humanos.⁷
- *En un sentido, los hombres somos un riesgo para la vida del planeta tierra, pues podemos contribuir a su degeneración y a su muerte.* Actualmente, tras los grandes descubrimientos geográficos, culminados en el siglo XVI, sabemos que nuestro mundo es limitado, un pequeño planeta habitable girando en un sistema más extenso de soles y galaxias, donde quizá existen otros seres razonables, con los que por ventura algún día podríamos comunicarnos. Pero el problema en este momento no lo plantean los posibles seres de otras galaxias, sino que lo planteamos nosotros mismos, los hombres, introduciendo en el planeta tierra unos gérmenes acelerados de muerte. En ese sentido, el surgimiento del hombre

7. Se puede hablar de la tierra como globo, pero no de las galaxias, que forman quizá procesos ondulatorios, en forma de espiral. Por otra parte, desde una perspectiva física solo podemos hablar de un cosmos donde espacio-tiempo se vinculan, en relación interior, como indicaban las leyes de Einstein. Desde una perspectiva física solo podemos hablar de aquello que está relacionado, formando un conjunto, como evocaba bellamente S. W. Hawking, diciendo que si pudiéramos trazar una teoría completa del cosmos “conoceríamos el pensamiento de Dios” (*Historia del tiempo*, Crítica, Barcelona, 1989, 224).

en el planeta tierra ha sido un elemento de maldición, una aceleración de la muerte, a no ser que se transforme (que transformemos por elevación/resurrección).⁸

- *Pero, en otro sentido, podemos y debemos ser bendición para el planeta tierra, un camino de apertura hacia la realidad originaria, esto es, hacia Dios. Por un lado, todos los procesos de la vida de la tierra conducen a la muerte, acelerada por los otros. Pero, por otro lado, según la confesión cristiana, la presencia del hombre constituye para el mundo un principio de resurrección, esto es, de vida que supera a la muerte. Por un lado, el hombre ha introducido en la tierra su muerte. Pero, por otro lado, ha podido introducir y ha introducido un germen de transformación (vida futura) como seguiré indicando también. Parece que la vida del hombre no puede ya cambiarse (no puede evolucionar) por cambios genéticos; pero puede evolucionar/ascender de un modo virtualmente infinito a través de un cambio/elevación vital (integran) que se realiza en forma de resurrección, en una línea de transformación que Pablo comparó en 1 Cor 15 con la transformación de las plantas (suponiendo así que somos como semilla, anuncio y preparación de un tipo de humanidad distinta.*

Una especie peculiar. Genoma vital, cultura espiritual

En el proceso de vida de la tierra hemos surgido nosotros, los seres humanos vivientes especiales, a través de mecanismos de evolución que estamos llegando a conocer con cierta precisión. Hemos surgido y nos hemos expandido en todo el mundo (desde hace unos cien mil años), siendo capaces de desarrollar una inteligencia racional que nos sitúa frente al mundo en su conjunto, descubriéndonos a nosotros mismos como imágenes de Dios, portadores de su presencia.

Se viene suponiendo que la “evolución genética” en cuanto tal (por sí misma) se ha estabilizado en los hombres, de tal forma que ellos constituyen el último eslabón de una cadena evolutiva. Esto significaría que, genéticamente, ya no podremos suscitar ninguna

8. Pero, de hecho, hoy no nos comunicamos con posibles seres racionales de otras dimensiones o sistemas estelares (semejantes a los ángeles de las religiones), ni posiblemente lo hagamos en un futuro próximo, con métodos científicos, de manera que, de hecho, dentro de los tiempos previsibles, no tenemos más lugar de habitación que nuestra tierra, con pequeñas excursiones al entorno que forman planetas del sistema solar.

especie nueva, sino que seguiremos existiendo en la forma genética actual, aunque las nuevas técnicas de ingeniería genética podrían llevarnos al surgimiento de nuevas divisiones intra-humanas, con unas consecuencias por ahora imprevisibles, que suelen parecernos destructoras, pues tienden a negar el valor gratuito de la vida, suscitando forma de vida para-humana, al servicio del capital o del mercado. Sea como fuere, por ahora, en la base de nuestra globalización se encuentra ese preciso y precioso sistema genético, que llamamos el genoma humano, que nos hace una única raza, compuesta de varones y mujeres capaces de cohabitar y engendrar, dentro del gran proceso de la vida, abierta a formas distintas de multiplicidad y unidad.

- *Diferencia humana.* El proceso vital que se despliega y realiza por generación-corrupción (nacimiento-muerte) y por evoluciones (mutaciones y selección genética), se había venido desplegando al parecer de un modo tranquilo, en las especies anteriores, dando los resultados que vemos (que nosotros mismos somos). Pero al llegar a los hombres ha cambiado de nivel, pues dentro de su misma evolución han venido a insertarse unos factores nuevos de individualización e inteligencia. Han entrado en crisis o se han suspendido las normas anteriores de evolución por tanteo-error, mutación y selección genética, de manera que interviene ya un nuevo elemento, que definiremos como individualidad personal.
- *Multiplicidad y unidad.* Portamos un mismo genoma, somos todos parientes (hermanos) y así podemos comunicarnos de un modo vital (ADN). Más aún, hemos desarrollado otros medios de comunicación verbal (de palabra) e intencional (de voluntad, trabajo), que nos definen y distinguen y que pueden expresarse de un modo positivo, en tolerancia creadora y enriquecedora. Pero esos medios pueden llevarnos también a un tipo de enfrentamiento sanginario, que desemboque en la destrucción masiva de los hombres o en un tipo de sistema que se impone sobre todos ellos. De esa manera, la riqueza de la multiplicidad humana (que es lo más bello y sorprendente que ha surgido por ahora sobre el mundo), puede convertirse en un principio de muerte, sea por violencia total (lucha de todos contra todos), por manipulación genética (los hombres podrían cambiar su fórmula de nacimiento y convertirse en otra cosa, en humanoides sin libertad) o por

destrucción del espacio vital, a través de una ruptura ecológica irreversible.

No venimos de un pasado fácil. Es muy posible que nuestra especie (sapiens-sapiens) haya exterminado y quizá devorado, en un tipo de descarga violenta y/o sacrificio sagrado, a otros homínidos de tipo menos evolucionado, como pudieron ser los neandertales. En este contexto, algunos teóricos como S. Freud y R. Girard hablan de un asesinato fundante de toda cultura. Algunos teólogos se atreven a situar en ese contexto el pecado original del ser humano, que ha nacido por azar generoso de la vida, pero que ha crecido matando a sus competidores. Sea lo que fuere, el hecho es que la existencia de los hombres en el mundo se encuentra amenazada, pero no por agentes externos (otros vivientes terrestres o extraterrestres), sino por ellos mismos. Podemos matarnos unos a otros, destruir la vida del planeta.

Grandeza y riesgo del hombre. Ante un posible suicidio universal. La vida es hermosa, exuberante: ha suscitado una abundancia casi ilimitada de especies vegetales y animales que pueblan el planeta. Pero, al mismo tiempo, ella es *elitista e intolerante*: miles o millones de especies han desaparecido, porque no se han adaptado o han perdido su oportunidad en el combate de la evolución. En ese plano podemos y debemos afirmar con Nietzsche que la vida no tiene "moral", ella se eleva por encima del bien y del mal, parece movida por una inmensa "voluntad de poder", que le hace deslizarse de un modo incesante, sin cansarse jamás, sin cesar en su empeño de seguir existiendo.

Sobre esa base cósmica y vital han surgido los hombres, como seres capaces de una más alta tolerancia: distendidos, abiertos a la Presencia (presencia de lo divino, presencia o cara a cara de unos con otros), capaces de dialogar entre sí y adaptarse, a través de la técnica, a las más diversas circunstancias del entorno vital (climas, trabajos, alimentos, etc.). Pues bien, por una paradoja que marca su historia, muchos hombres y grupos humanos han tendido a volverse intolerantes y violentos. En lugar de dialogar entre sí, muchos se han enfrentado desde el principio, convirtiendo su historia en proceso de lucha y opresión. En vez de humanizar el entorno, muchos se han vuelto depredadores del entorno vital. Este doble riesgo

(lucha mutua y destrucción ecológica) define, en gran medida, la presencia del hombre sobre el mundo.⁹

Hemos interpretado el cosmos y el proceso de la vida desde una perspectiva antrópica, como si el conjunto de la realidad y, de un modo especial el despliegue de la evolución de las especies, hubiera tenido un sentido unitario, que desemboca en el hombre (en la línea de Gn 1:28-29). Esta perspectiva nos parece en principio positiva, pero ante ella se plantean una serie de cuestiones y preguntas que estarán en el fondo de todo lo que sigue. Ciertamente, las formas de existencia del mundo se encuentran de algún modo al servicio del hombre. Pero eso no significa que ellas deban someterse a los intereses comerciales, de producción y consumo instrumental, pues existen otras formas de servicio y comunicación que son muy importantes: la búsqueda intelectual, relación amorosa, el gozo estético...

Un ser especial: sabe que nace, sabe que muere. En este contexto definimos al hombre como ser *natal y mortal*: es el único viviente que sabe que ha nacido, el único que sabe que muere. Mirada en perspectiva cósmica, *la muerte biológica* forma parte del despliegue de la vida, pues en la cadena alimenticia unos vivientes se sustentan de otros y los nuevos individuos solo pueden subsistir si van muriendo los antiguos. En ese aspecto, los fracasados y excluidos de esa cadena alimenticia hacen un favor a los que triunfan: solo a través del *sacrificio* de los individuos y grupos menos aptos ha podido expandirse la evolución biológica.

Mirada en ese fondo, la muerte forma parte del proceso de expansión y globalización de una vida donde los triunfadores subsisten y avanza a costa de los derrotados y "comidos"; pero, al fin, también los triunfadores perecen, en manos de una muerte democrática que se impone sobre todos. Eso lo han sabido las diversas religiones y lo han expresado de un modo simbólico, a través del rito de los sacrificios, en los que la muerte de una víctima sirve para el despliegue de la vida. En este contexto podemos distinguir tres niveles:

9. Este no es un problema de pura teoría, sino de vida y muerte: o encontramos la forma de superar la dialéctica de violencia de la naturaleza, dialogando al servicio de la vida, desde una perspectiva de gratuidad y tolerancia, o corremos el riesgo de destruirnos, destruyendo la misma vida de la tierra.

- *Sistema biológico: la especie vive, mueren los individuos.* Los vivientes prehumanos (plantas y animales) carecen de individualidad estricta: por eso, en un sentido radical, no pueden morir, porque no han nacido, sino que forman parte del continuo de la vida. No son ni natales ni mortales, pues no son Auto-Presencia, carecen de identidad estricta, de individualidad personal. Por eso, la muerte de los individuos está al servicio del conjunto de la vida que sigue naciendo y avanzando (o rodando) sin saberse, aunque parece portadora de un Designio que ella misma ignora. Estrictamente hablando, en ese contexto no se puede hablar de unos derechos propios de los vivientes aislados, pues ellos no son capaces de derechos, pero los tienen al servicio de la vida humana (es decir, del conjunto de la vida).
- *Los hombres, en cambio, son seres personales, de manera que viven y mueren no solo como especie, sino que saben que mueren y quieren vivir como individuos,* de forma que tienen un valor absoluto, cada uno por sí mismo (aunque dentro del conjunto), pues son Auto-Presencia en relación. Por eso, la muerte es para ellos un problema o, mejor dicho, un misterio, porque cada individuo (varón o mujer) es signo personal de la Presencia, una ventana nueva y única de absoluto. Eso significa que cada hombre es un absoluto y su muerte es destrucción estricta, a no ser que se vea como un camino abierto hacia un tipo de vida más alta, como afirman o postulan las diversas religiones.
- *El sistema tiende a ignorar a los individuos humanos.* En contra de ese impulso de vida de las religiones, que quieren respetar el valor de cada ser humano (como ser de Presencia), el *sistema económico-político de la modernidad* tiende a vincular a todos los hombres a través de un aparato de producción y consumo que posibilita la abundancia de muchos, pero que conduce de hecho a la opresión de otros muchos más (marginados y excluidos) y a la deshumanización de todos. El sistema tiende a utilizar a los hombres como tales, poniendo en su lugar un tipo de «espíritu objetivo» que se identifica con una forma de producción y progreso separado de la vida.

De esa manera, el triunfo del sistema, con su dinámica productora y consumidora, conduce al sometimiento y muerte de los hombres concretos a quienes pone a su servicio. De esa forma triunfa y se

expande extendiendo por doquier su muerte, esto es, impidiendo que los individuos puedan desarrollar una existencia valiosa, por sí misma. De esa manera, el sistema viene a presentarse como un ídolo, un dios falso que sacrifica a los individuos para su provecho, destruyendo el mismo entorno vital o poniéndolo al servicio de los intereses de los privilegiados, no del gozo y despliegue de todos.

Parece que, en un plano, el proceso del sistema es imparable: avanzamos hacia un desarrollo cada vez mayor de las redes de racionalización económica y social, que se imponen sobre los individuos, de manera que algunos afirman que está llegando el tiempo apocalíptico de muerte anunciada desde antiguo, con la destrucción de la misma naturaleza. Pero, en otro plano, puesto al servicio de la comunicación personal de la vida, el sistema moderno, con grandes potenciales técnicos, podría convertirse en principio de gratuidad creadora para los hombres, si es que de hecho se pone al servicio de ellos.

- *Eugenesia* (= *buen nacimiento*). Los seres humanos han nacido a través de un proceso genético que forma parte de la naturaleza, y así seguirán naciendo en un plano. Pero ese proceso viene actualmente marcado por técnicas genéticas que están ofreciendo la posibilidad de regular ciertos aspectos del proceso biológico de la fecundación y de los primeros momentos despliegue del semen fecundado. Esa regulación eu-genética puede ofrecer resultados muy positivos, poniéndose al servicio de la salud y de la comunicación gratuita entre los hombres, no como un sustituto del «proceso natal», sino como una ayuda para que resulte más libre, más gozosa, más humana, pero manipulada por un capital productor y regulada por un mercado de dinero, tener efectos destructores para la especie en cuanto tal, haciendo que el hombre no sea ya un ser de Presencia y de comunicación en gratuidad (persona que nace por gracia de otras personas), sino un artefacto fabricado y dirigido desde fuera de sí mismo, comprado y vendido al servicio de otros.
- *Eutanasia* (= *buena muerte*). Los hombres han establecido relaciones sociales apelando al poder de matar de un modo programado (ritual y socialmente) a otros humanos. Se ha dicho que hay hombre desde que hay palabra, posibilidad de comunicación personal. Pero, en otro sentido, podemos afirmar que hay

hombres desde el momento en que unos individuos han podido matar y han matado a otros, de un modo simbólico, para así mantenerse ellos mismos. Ciertamente, unos hombres pueden vivir a costa de otros (matándolos para así realizarse ellos mismos), pero también pueden vivir y viven de hecho haciendo que ellos vivan y compartiendo la vida con ellos.

También los demás vivientes nacen y se alimentan unos de otros... pero lo hacen de un modo "natural" (por su misma forma de ser, por su naturaleza). Los hombres, en cambio, pueden programar el proceso de nacimiento y de muerte. Los hombres, en cambio, lo han hecho, organizando de algún modo sus nacimientos y matándose "con orden" unos a otros..., pero también pueden darse la vida libremente, unos por otros y para otros, pudiendo así vivir en ellos, como decía Juan de la Cruz de manera muy precisa: "más vive el alma (hombre) donde ama que en el cuerpo donde anima" (CE 8, 3). Según eso, los hombres pueden matar a otros, para vivir así ellos, o amar a otros, viviendo así en/con ellos.

Desde este fondo puede entenderse y se entiende la "ecología": El hombre "habita" (crea casa, existe) donde ama; no está cerrado en un cuerpo individual al que "anima"; su alma es comunión de almas por amor... o puede convertirse en infierno de muerte, viviendo así, programada la mente a costa de otros, como puso de relieve el judío S. Freud al afirmar que el hombre está movido (definido) por dos principios, que son el *eros* (vivir en otros por amor) y el *thánatos* (matar a otros por egoísmo). En ese sentido se puede hablar de dos muertes (de la que habla el Apocalipsis, reinterpretando el sentido de la muerte como destrucción, que aparece en Gn 2-3: el día en que comas del árbol del conocimiento de la vida y de la muerte morirás).

- *La primera muerte* (biológica) se halla al servicio de la evolución vital y del proceso de la especie. En ese sentido, los hombres somos mortales por naturaleza. *El proceso biológico* se mantenía y se mantiene a costa de la muerte de los individuos, pero ha logrado suscitar a los hombres, como seres de libertad, sobre un planeta de vida equilibrada y hermosa, que podía interpretarse como espacio de revelación de Dios, un paraíso. Todos nacemos, vivimos y morimos en un contexto de despliegue vital, vinculados los unos con los otros.

- *La segunda muerte* consiste en vivir a costa de otros, es decir, matándoles para poder sobresalir nosotros, de manera que así morimos nosotros mismos, destruimos los lazos de amor que nos vinculan con el conjunto de la vida. Eso significa que morimos y “morimos”: No podemos ya vivir/resucitar en otros. Conforme a la máxima ya citada de Juan de la Cruz, los que aman viven ya en otros, han resucitado en ellos, han superado la maldición de la muerte.

Desde ese fondo se comprende el sentido (la falta de sentido) de un tipo de humanidad en la que unos individuos o grupos viven de matar a otros. Esa es la muerte propia de una humanidad convertida en sistema de opresión, de negación de los demás.

- *Un sistema de poder y opresión tiende a matar en vida a los excluidos*, porque no le importan las personas en cuanto tales, sino solo su propio despliegue y desarrollo. Por eso, los garantes o portadores del poder no toleran que existan a su lado individuos autónomos, ni que puedan desarrollarse las personas en cuanto tales. De esa forma matan (excluyen) a los que son distintos. Ciertamente, puede tolerar a algunos disidentes, pero solo en la medida en que ellos no ponen en peligro sus intereses. Por eso es injusto. Solo superando esa injusticia del sistema actual tiene sentido la auténtica experiencia ecológica, la vida del hombre en el mundo.
- *Un sistema de poder oprime y/o devalúa a todos sus componentes, incluso a los triunfadores*, pues les impide descubrir y cultivar los valores más hondos de la vida personal, vinculados a la gratuidad simbólica y al despliegue de un amor que está por encima de todas las leyes del mundo, expresándose en forma de comunicación personal. El sistema tiende a controlar todas las comunicaciones, impidiendo que los hombres puedan compartir en libertad su vida. Pues bien, sin una más alta solidaridad entre los hombres la vida se destruye.
- *El sistema acaba destruyendo las fuentes de la vida del planeta*, poniéndolas al servicio de sus propios intereses. Quiere construir una torre de Babel manipulando la vida, de tal forma que al fin acabará por destruirla, si es que no logramos parar su marcha loca, poniendo el progreso de la ciencia al servicio de la vida humana, como quiso el Dios del Génesis.

Paradigma tecnocrático y crisis ecológica

Ha cambiado la forma de entender la relación del hombre con el mundo. Antes dominaba la naturaleza sobre el hombre, con los riesgos que ello suponía, pero también con sus valores, de forma que podía decirse, con B. Spinoza *Deus, sive natura*: Dios, esto es, la naturaleza". Pero en los últimos siglos los hombres han tendido a poner su propia técnica o poder activo (*tecno-cracia*) por encima de la naturaleza.

1. Tres ídolos. Según eso, poder más alto real ya no lo tiene Dios (teo-cracia), ni la naturaleza (cosmo-cracia), pues vivimos como si Dios no existiera. Tampoco lo tiene el pueblo (demo-cracia), pues el pueblo sigue manejado desde fuera. El poder real lo tiene el capital monetario y el mercado, vinculados por un tipo de empresa productora de tipo tecnocrático, de forma que en esa línea podemos hablar de un paradigma tecnocrático.¹⁰

- *El primer ídolo es la empresa tecnocrática*, que produce bienes de consumo, como si el hombre viviera para fabricar cosas y consumirlas. Ciertamente, el poder productor de la empresa es bueno, al servicio de la vida. Pero la Biblia sabe que el hombre puede terminar siendo esclavo de las cosas que produce, esto es, de los ídolos que son obra de sus propias manos. En los últimos siglos, la empresa ha crecido, el hombre se ha hecho capaz de producir muchísimos bienes, que al final, si no están al servicio de su propia vida, le terminan destruyendo (o destruyendo la vida del planeta).
- *Segundo ídolo es el capital*, esto es, el dinero, convertido en signo de todo aquello que el hombre produce. En sí mismo, el capital no existe, no tiene entidad (no alimenta, no cura, no enamora...), pero el hombre lo ha creado como signo de sus posesiones y de sus producciones, convirtiéndolo en "dios" al que se somete y con el que puede hacer muchas cosas, especialmente producir y comprar y vender.

10. Francis Bacon elaboró una valiosa "teoría de los ídolos" (*Novum organum scientiarum*, 1620), distinguiendo tres tipos básicos (*idola tribu*, *idola specus*, *idola fori*: de la tribu social, de la caverna platónica y del oro o mercado), que de algún modo responden a los que aquí presentamos.

- *Tercer ídolo es el foro-mercado*, donde se compran y venden por dinero (capital) todas las cosas producidas por un tipo de poder tecnocrático, que así aparece como “dios productor” que, según iré mostrando, tiende a destruir la vida y bienes de la naturaleza.

Ya no estamos en una *época cosmológica y sagrada*, en la que, en principio, se creía que el orden del mundo y de la sociedad era signo directo de Dios. Hemos pasado por la *modernidad* y en ella hemos querido crear y hemos creado un modelo de mundo a nuestra imagen y semejanza, como demiurgos o pequeños dioses, cumpliendo ya de un modo consecuente aquello que Eva había pretendido en el principio: hacerse dueña de las fuentes de la vida (del mundo y sus recursos, del proceso genético y de sus consecuencias).

Hemos recorrido un largo trecho, nos hemos vuelto modernos, descubriendo al final que ese intento, sin duda fascinante a la vez que irreversible de producir y dominar sobre el mundo, ha resultado peligroso: corremos el riesgo de destruirnos a nosotros mismos, de manera que al fin del camino encontramos la muerte (como había dicho Dios a los primeros hombres, si comían del árbol prohibido de la ciencia del bien y del mal: Gn 2-3).

En otro tiempo, girábamos en torno a la naturaleza que se elevaba ante nosotros hecha y terminada, de manera que debíamos limitarnos a conocerla, ajustándonos a sus ritmos. El hombre estaba inmerso en un mundo exterior fijo y terminado y no lo podía cambiar. Las cosas eran como eran: formaban como una “bóveda” o gran círculo perfecto donde los hombres se limitaban a residir de un modo pasivo. No podía haber ecología activa.

Ahora, ya no somos simples receptores que recogen con su “entendimiento paciente” la verdad del mundo externo (como se ha dicho desde Aristóteles hasta Averroes y Santo Tomás), sino que debemos transformar el mismo mundo con nuestro pensamiento (Kant) y obra (Marx). Por eso, la ecología empieza a ser una tarea de los hombres.

Los hombres son responsables de su entorno cósmico, pues la tierra y sus materias primas les pertenecen. Pero, al mismo tiempo, ellos han de seguir recordando la tierra es un don que les precede,

un tesoro que desborda todas sus tareas, un regalo. No lo hemos hecho nosotros, no nos pertenece, sino que nos precede y fundamenta, con su bondad y sus riesgos. Esta postura va en contra de una interpretación *gnóstica* de la religión, que interpreta el mundo como *cárcel* donde nos encadenaron (Platón), como *valle de lágrimas* o de sufrimiento (como dice una sentencia medieval cristiana), ni es *apariciencia o maya* sin realidad (ciertas formas de hinduismo).

Conforme a la Biblia, el mundo que es bueno en sí, como expresión de Dios y lugar de riesgo y belleza que debemos aceptar, respetar y mejorar al servicio de la vida del conjunto de la humanidad. En ese sentido, la ecología concibe el mundo como *oikos* o casa para los hombres; no se ocupa del mundo “en sí”, sino en cuanto es bueno para aquellos que lo miran (Dios, los hombres). Nosotros somos, por tanto, el sujeto del mundo.

- *El sistema tecnocrático* actualmente dominante no conoce a Dios, ni respeta al mundo, ni valora como “infinita” la vida humana, sino que todo lo convierte en objeto de fabricación y mercado, al servicio del capital. Por eso, los perdedores (especies extinguidas, pueblos e individuos marginados...) parecen quedar fuera del cuidado de Dios. Ellos serían el “precio” que debe pagar el progreso, como un residuo necesario que se expulsa, para que el conjunto esté limpio. En esta línea se establecería una ecología de los triunfadores, es decir, la negación de una ecología “divina”, al servicio de los hombres. En contra de eso, la preocupación ecológica, al servicio de la vida humana tiene que oponerse a un paradigma tecnocrático de tipo capitalista y mercantil, como si solo valieran las cosas que pueden fabricarse, comprarse y venderse, al servicio de los dueños del capital

2. Cinco bombas, cinco riesgos de muerte del hombre. Antes no podíamos, no sabíamos, no teníamos la posibilidad de realizar un suicidio cósmico. Ahora la tenemos. Hemos penetrado en eso que algunos han llamado el “pensamiento de Dios”, pero no para decir “hágase” y crear la belleza y potencia de los diversos elementos de la tierra (como hemos visto en Gn 1), sino para suscitar un tipo de dominio social y material que puede conducirnos a la destrucción. No sabemos si podría haber un “día después”, no sabemos si la vida

podría empezar de nuevo su ciclo, hasta llegar al pensamiento (en este planeta o en otros). Pero nuestra historia concreta habría terminado.

1. *Bomba atómica, riesgo de muerte cósmica en la línea de Gn 2-4*: “El día en que comas del fruto del árbol del conocimiento del bien-mal, ese día, morirás”. El día en que intentemos explorar las posibilidades de nuestro conocimiento, aplicándolos a la estructura atómica de la realidad, ese día, pereceremos. Vivimos, según eso, duda, en un mundo amenazado. La sabiduría de la naturaleza nos ha mantenido hasta el momento actual. No sabemos si la sabiduría de nuestra cultura podrá mantenernos en el futuro, a no ser que cambiemos de un modo cualitativo.
2. *Bomba biológica, riesgo antropológico*. Hasta ahora, el proceso de la evolución biológica se había venido desplegando por sí mismo, como si una fuerza interior (que podemos llamar divina) fuera guiando las mutaciones genéticas, externamente expresadas a través de unos procesos de azar y necesidad. Pues bien, ahora hemos descubierto que podemos penetrar con nuestra ciencia en el interior de esos procesos, suscitando mutaciones, seleccionando cambios genéticos e influyendo no solo en el despliegue de la vida vegetal y animal (creando transgénicos y clonando animales), sino en la vida humana, con las posibilidades y riesgos que ello implica.
3. *Bomba social, gran enfrentamiento*. Junto al terror atómico y el control genético, puede estallar la bomba de un enfrentamiento social generalizado. Los privilegiados del sistema se defienden diciendo que el terror solo se puede atajar con métodos de fuerza: más policías, más cárceles, más seguridades exteriores. Pero de ese modo no se resuelve el problema, sino que se ensancha y profundiza. La humanidad solo puede surgir y mantenerse en condiciones de libertad. Si el control del sistema se hiciera absoluto cesaría el terrorismo de los *marginales*, pero acabaría con ello la libertad y vida humana de todos los hombres y mujeres de la tierra.
4. *Bomba ecológica. Matar la vida del planeta*. Esta es la bomba propiamente ecológica. Hasta ahora la tierra ha subido en el nivel de la vida hasta llegar a la conciencia y libertad humana. Una fuerza inmensa que algunos pensamos que viene de Dios,

viniendo de la misma raíz del cosmos, nos ha hecho crecer, asumir la libertad, vivir en un nivel de conciencia. Pero con la vida humana ha crecido el poder y la violencia mutua, el egoísmo de utilizar para nuestro capricho los dones de la tierra, hasta llegar a destruirlos, a través de la bomba que llamamos ecológica. No podemos romper a cañonazos la "bóveda" del cielo, que la Biblia interpretaba en forma de cubierta protectora, pero podemos calentarla y agujerearla con emisiones de gases que producen un efecto de cubierta de invernadero, que no solo calientan la atmósfera, sino que la "polucionan", de forma creciente, convirtiéndola en un espacio irrespirable, de manera que si seguimos así llegará el día en que no podamos respirar, de manera que la tierra se convertirá en un infierno...

5. *Bomba personal. Suicidio, el cansancio de la vida.* ¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su vida? (cf. Mt 16:26). Esta palabra ha de entenderse no solo en un sentido religioso trascendente, sino en un sentido vital muy concreto. Podemos tener casi todo, y perder el gusto por la vida, no solo por los valores afectivos, sino por los valores artísticos y vitales, por el agua, por el viento, por la naturaleza, en el sentido del Cántico de las Criaturas del Hermano Francisco. El riesgo mayor de este mundo es ya el cansancio de la vida, que se muestra en la necesidad de fármacos y drogas que se consumen, en la cantidad de suicidios que se cometen.

No se trata de dominar técnicamente sobre el mundo, sino de aprender a gozar de su belleza, reconociendo día a día el valor de la vida y bendiciendo a Dios por ella. Dios está presente y actúa en el despliegue y en la vida concreta de los hombres, que se mantienen no solo por deseo biológico y por otras razones de tipo material o familiar, sino también porque ellos mismos optan, es decir, porque lo quieren, pues en realidad, en el momento actual (2024), ellos podrían negar la vida y matarse (en plano individual y social, por suicidio y destrucción de la especie).

Los hombres podríamos renunciar a vivir (suicidándonos) o a transmitir la vida (sin necesidad de renunciar al sexo), dejando que la especie humana desaparezca... Por eso, en realidad, si ellos siguen (si seguimos) transmitiendo vida y vivimos es porque queremos. El

mismo hecho de que existan padres que regalan su vida (desde la vida de Dios) y que engendran gratuitamente, sembrando y recibiendo nuevos seres humanos, en libertad generosa y arriesgada, muestra que, en el fondo, aunque no lo digan conscientemente, ellos confían (confiamos) en el Dios de la vida que se expande y regala por gracia.

Pues bien, si eso cambia, si los hombres y mujeres pierden el gozo de vivir, y solo se mantienen de un modo “artificial”, apegándose a cosas, queriendo solo disfrutar con ellas, apoderarse de todo por la fuerza, terminarán optando por la muerte (suicidándose directa o indirectamente). El Dios bíblico quiere la vida de los hombres. Pero, si nos empeñamos, por egoísmo y violencia, nosotros, los “poderosos” del mundo, por ansia de dominio y deseo de poder, podemos destruirla, matándonos a nosotros mismos, como sabía la Biblia.

3. Convivir con el riesgo. El desafío de la vida. En este contexto se ha iniciado una etapa nueva dentro de la historia: por vez primera, la humanidad en su conjunto puede destruirse a sí misma (en el plano cósmico, personal y social) o puede optar por la vida, de un modo consciente. Eso significa que ya no son suficientes un tipo de respuestas antiguas. No podemos trazar unos caminos de futuro con ideas y técnicas sociales que habían servido en la modernidad, pero que nos han llevado a la situación actual. Con el tipo de ciencia y de política, con la forma de educación de los siglos anteriores, tal como ha culminado en el sistema capitalista, corremos el riesgo de destruirnos.

Por eso, muchos hombres y mujeres han empezado a pensar que la humanidad no tiene futuro. Ella estaría situada ante unos retos que resulta incapaz de resolver con las formas de pensar y actuar que hasta ahora se han seguido. Eso significa que tenemos que poner en marcha formas, modelos de renuncia y creatividad discursiva y social, con la ayuda de antiguas tradiciones religiosas.

- *Renuncia, un principio de pobreza.* La modernidad nos ha dicho “atrévete” (Kant) y nos hemos atrevido, hemos explorado, hemos creado formas nuevas de ciencia y de economía, que de hecho se han puesto al servicio de los triunfadores del sistema. Pero ahora descubrimos que no podemos explorar todas nuestras

posibilidades desde una perspectiva racional, buscando siempre nuestro provecho particular, absolutizando nuestra forma de pensar. En el día en que queramos comer la “manzana del bien y del mal”, haciéndonos dueños de la realidad terminaremos matándonos todos. *Ahora debemos añadir: Atrévete a renunciar*, si no renunciamos a un tipo de violencia atómica, de manipulación genética y de enfrentamiento social (vinculado al sistema capitalista y al imperio con las grandes naciones-estado que lo rodean) acabaremos matándonos todos.

- *Fraternidad, el gozo del encuentro con otros.* Hemos empleado hasta ahora un tipo de racionalidad dominadora e instrumental, convirtiendo las cosas en utensilios a nuestro servicio. Ahora descubrimos que esa actitud no basta y que es muy peligrosa... Si cada uno de nosotros, cada uno de los pueblos y grupos humanos, busca únicamente su triunfo y razón, el despliegue de su propia verdad particular, acabaremos matándonos todos. Necesitamos un tipo de sabiduría nueva, más allá de los juicios antiguos del bien y del mal, de los discursos absolutos; una sabiduría que no sea de dominio, de poder y violencia sobre los demás, sino de riqueza gozosa y de diálogo, de pluralidad y encuentro mutuo, en la línea de lo que ha sido el despliegue múltiple del mundo. Solo así, en pobreza (renuncia personal) puede cultivarse el máximo don del encuentro con los demás, de manera que Dios (la vida) nos dará de nuevo hermanos, en vez de competidores y enemigos como ahora,
- *Aportación tradiciones religiosas.* Pensamos que en esta búsqueda nueva nos pueden servir los modelos religiosos antiguos, pero no tomados al pie de la letra, sino desde su mensaje más profundo. Los hombres de las grandes tradiciones religiosas y culturales, no solo en el contexto judeo-cristiano o musulmán, sino también en otros contextos, han explorado caminos de vida que resultan muy valiosos. Por eso, la humanidad actual se encuentra ante unos retos nuevos, pero no está totalmente desamparada o desprovista de recursos, pues las religiones, entre ellas la de Israel han descubierto y ofrecido proféticamente unas líneas de apertura y solución, que nos permitirán vivir sobre la tierra, si es que escuchamos su voz y la actualizamos.

Nosotros, hombres y mujeres que hemos pasado por el trance de la modernidad, sabemos ya una forma de *razón* que algunos han llamado cartesiana (de espíritu geométrico y dominio sobre el mundo), si le falta la finura del amor (Pascal), puede llevarnos a la destrucción en los tres planos indicados (cósmico, genético y social). Por eso debemos trascenderla, buscando un pensamiento más hondo y gozoso, que nos permita mantener la propia vida y desarrollarla con belleza y gratuidad, superando el nivel de la racionalidad posesiva, centrada en el poder y el disfrute de medios materiales. Nos situamos así ante la pregunta y reto de nuestra *creatividad*: ¿Seremos capaces de asumir nuestras potencialidades más hondas en línea afirmativa, para ofrecer un presente mejor a los pobres del mundo y un futuro mejor a todos los hombres y mujeres del futuro? Este no es un tema de política económica, sino de humanidad, de gozo vital y utopía.

Vivimos inmersos, según eso, en un riesgo de muerte universal. Ciertamente, la falta de organización y planificación en un nivel económico-administrativo es mala, pues impide que los hombres desarrollen los recursos de la tierra, viviendo esclavizados de algún modo por ella. Pero el triunfo perfecto del sistema sería igualmente negativo, pues destruye (o devalúa) las fuentes de la vida personal, haciendo así imposible que los hombres puedan relacionarse en libertad, como individuos responsables, en amor afectivo, en gozo personal, en búsqueda de vida. Por eso, la ecología resulta inseparable del deseo y gozo de la vida, vinculado a la justicia.

4. El principio de la ecología. Impulso para vivir, crear la nueva tierra. Somos más que un puro proceso cósmico, pero llevamos por doquier sus huellas, hechas de enfrentamiento cósmico y de fragilidad vital. Como el budismo ha destacado, nacemos de manera dolorosa y en dolor morimos, sin saber por qué. Más aún, en el camino que va de nacimiento a muerte, la vida humana es inmensamente frágil: son millones los que nacen enfermos, amenazados por enfermedades, malformados, en la gran ruleta de un proceso vital que parece abandonarnos a la propia suerte. La vida parece indiferente ante los bienes y los males, como ha destacado el libro bíblico del Eclesiastés o Qohelet. Es normal que muchos hombres y mujeres se declaren ateos y se sientan fracasados en la vida, de manera que prefieren rechazarla, exilándose interiormente y buscando un tipo de

refugio superior (nirvana) más allá de los deseos (en la línea de un tipo de budismo). Pues bien, conforme a todo lo anterior, pensamos que solo puede haber futuro para el hombre allí donde los hombres lo desean, deseando vivir y gozando al hacerlo.

Debemos insistir en la prioridad del “mundo de la vida”, esto es, del bien de todos los seres humanos para todos por encima de una empresa de poder, que ha querido planificar la ciencia al servicio del capital y de sus privilegiados, poniendo en riesgo el equilibrio de la vida de la tierra.

Ciertamente, el sistema del poder tecnocrático, con la ayuda del capital racionalizado y del libre mercado de los poderosos ha conseguido resultados espectaculares, a los que no podemos ni debemos renunciar: es capaz de prevenir malformaciones infantiles y curar enfermedades; puede organizar la economía de tal forma que existan medios de consumo suficientes para todos, corrigiendo así muchas amenazas de la naturaleza (sequías, tormentas, etc.); nos ofrece unos medios de comunicación rápidos y eficaces, que pueden facilitar el encuentro entre personas...

Pero, en otro sentido, este sistema corre el riesgo de encerrarnos en una red de relaciones impersonales, al servicio de sí mismo, consumiendo y destruyendo al mismo tiempo las fuentes y recursos naturales de la vida. Por eso, es necesario que mantengamos la humanidad por encima del sistema, creando unas condiciones de vida en gratuidad y diálogo que nos permitan desplegar de una manera gratuita la existencia, para compartirla con otros y ofrecerla así a las próximas generaciones. No queremos ni podemos negar en modo alguno la ciencia, ni rechazar las conquistas de la modernidad, pero debemos superar el riesgo que ellas han supuesto, poniendo ciencia y técnica al servicio de la vida, invirtiendo así los principios del sistema:

- *Un sistema de poder tecnocrático mata ya en vida a los excluidos, porque no le importan las personas en cuanto tales, sino solo su propio despliegue y desarrollo. No tolera que existan a su lado individuos autónomos, ni que puedan desarrollarse las personas en cuanto tales. De esa forma mata (excluye) a los que son distintos. Ciertamente, puede tolerar a algunos disidentes, pero solo en*

la medida en que ellos no ponen en peligro sus intereses. Por eso es injusto. Solo superando esa injusticia del sistema actual tiene sentido la auténtica experiencia ecológica, la vida del hombre en el mundo.

- *El sistema acaba destruyendo las fuentes de la vida del planeta, poniéndolas al servicio de sus propios intereses. Quiere construir una torre de Babel manipulando la vida, de tal forma que al fin acabará por destruirla, si es que no logramos parar su marcha loca, poniendo el progreso de la ciencia al servicio de la vida humana, como quiso el Dios del Génesis.*